

Antoine de Saint-Exupéry

# Vuelo Nocturno



**E** LEJANDRIA

Antoine de Saint-Exupéry

# Vuelo Nocturno



**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# VUELO NOCTURNO

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

**PUBLICADO: 1931**  
**FUENTE: FADEDPAGE**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**  
**EDICIÓN ORIGINAL: LES PRESSES DE L'IMPRIMERIE**  
**MODERNE, 1931**

## PREFACIO POR ANDRÉ GIDE

Se trataba, para las compañías de navegación aérea, de luchar en velocidad con los otros medios de transporte. Es lo que explicará, en este libro, Rivière, admirable figura de jefe: «Es para nosotros una cuestión de vida o muerte, puesto que perdemos, cada noche, la ventaja ganada, durante el día, sobre los ferrocarriles y los navíos». Este servicio nocturno, muy criticado al principio, admitido desde entonces, y convertido en práctico tras el riesgo de las primeras experiencias, era todavía, en el momento de este relato, muy azaroso; al impalpable peligro de las rutas aéreas sembradas de sorpresas, se añade pues aquí el pérfido misterio de la noche. Si grandes que sigan siendo los riesgos, me apresuro a decir que van disminuyendo día a día, facilitando y asegurando cada nuevo viaje un poco más el siguiente. Pero existe para la aviación, como para la exploración de tierras desconocidas, un primer período heroico, y *Vuelo Nocturno*, que nos pinta la trágica aventura de uno de esos pioneros del aire, adopta con toda naturalidad un tono de epopeya. Me gusta el primer libro de Saint-Exupéry, pero este mucho más. En *Correo del Sur*, a los recuerdos del aviador, anotados con una precisión sobrecogedora, se mezclaba una intriga sentimental que nos acercaba al héroe. ¡Tan susceptible a la ternura, ah, qué humano lo sentíamos, vulnerable! El héroe de *Vuelo Nocturno*, sin estar deshumanizado, ciertamente, se eleva a una virtud sobrehumana. Creo que lo que me agrada sobre todo de este relato vibrante es su nobleza. Las debilidades, los abandonos, las flaquezas del hombre, las conocemos de sobra y la literatura de nuestros días no es sino demasiado hábil en denunciarlas; pero esa superación de

sí mismo que obtiene la voluntad tensa, eso es lo que tenemos mayor necesidad de que nos muestren. Más asombrosa aún que la figura del aviador, me parece la de Rivière, su jefe. Este no actúa por sí mismo: hace actuar, insufla a sus pilotos su virtud, exige de ellos el máximo, y los compele a la proeza. Su implacable decisión no tolera la debilidad, y, por él, el menor desfallecimiento es castigado. Su severidad puede, a primera vista, parecer inhumana, excesiva. Pero es a las imperfecciones a lo que se aplica, no al hombre mismo, al que Rivière pretende forjar. Se siente, a través de esta pintura, toda la admiración del autor. Yo le agradezco particularmente que ilumine esta verdad paradójica, para mí de una importancia psicológica considerable: que la felicidad del hombre no está en la libertad, sino en la aceptación de un deber. Cada uno de los personajes de este libro está ardientemente, totalmente entregado a lo que debe hacer, a esa tarea peligrosa en cuyo único cumplimiento encontrará el reposo de la felicidad. Y se entrevé claramente que Rivière no es en modo alguno insensible (nada más conmovedor que el relato de la visita que recibe de la mujer del desaparecido) y que no le hace falta menos coraje para dar sus órdenes que a sus pilotos para ejecutarlas. «Para hacerse amar —dirá—, basta con compadecer. Yo no compadezco mucho, o lo oculto... A veces me sorprende mi poder». Y también: «Amad a aquellos que mandáis; pero sin decíselo». Es también que el sentimiento del deber domina a Rivière; «el oscuro sentimiento de un deber, más grande que el de amar». Que el hombre no encuentre su fin en sí mismo, sino que se subordine y sacrifique a no sé qué, que lo domina y vive de él. Y me gusta reencontrar aquí ese «oscuro sentimiento» que hacía decir paradójicamente a mi Prometeo: «Yo no amo al hombre, amo lo que lo devora». Es la fuente de todo heroísmo: «Actuamos —pensaba Rivière— como si algo sobrepasara, en valor, la vida humana... ¿Pero qué?». Y además: «Existe quizá alguna otra cosa que salvar, y más duradera; quizá sea a salvar esa parte del hombre a lo que Rivière se dedica». No lo dudemos. En un tiempo en que la noción de heroísmo tiende a desertar del ejército, puesto que las virtudes viriles corren el riesgo de quedar sin empleo en las guerras de mañana, cuyo futuro horror los químicos nos invitan a presentir, ¿no

es en la aviación donde vemos desplegarse más admirable y útilmente el coraje? Lo que sería temeridad, deja de serlo en un servicio ordenado. El piloto, que arriesga sin cesar su vida, tiene algún derecho a sonreír ante la idea que nos hacemos habitualmente del «coraje». ¿Me permitirá Saint-Exupéry citar una carta suya, ya antigua? Se remonta al tiempo en que sobrevolaba Mauritania para asegurar el servicio Casablanca-Dakar: «No sé cuándo regresaré, tengo tanto trabajo desde hace unos meses: búsquedas decamaradas perdidos, reparaciones de aviones caídos en territorios disidentes, y algunos correos sobre Dakar. »Acabo de lograr una pequeña hazaña: pasado dos días y dos noches con once moros y un mecánico, para salvar un avión. Alertas diversas y graves. Por primera vez, he oído silbar las balas sobre mi cabeza. Conozco al fin lo que soy en ese ambiente: mucho más tranquilo que los moros. Pero también he comprendido, lo que siempre me había asombrado: por qué Platón (¿o Aristóteles?) sitúa el coraje en el último rango de las virtudes. No está hecho de buenos sentimientos: un poco de rabia, un poco de vanidad, mucha obstinación y un placer deportivo vulgar. Sobre todo la exaltación de la propia fuerza física, que sin embargo no tiene nada que ver. Uno se cruza de brazos sobre la camisa abierta y respira bien. Es más bien agradable. Cuando ocurre de noche, se mezcla el sentimiento de haber hecho una inmensa tontería. Nunca más admiraré a un hombre que no sea más que valiente». Podría poner como epígrafe a esta citación un apotegma extraído del libro de Quinton (que estoy lejos de aprobar siempre): «Uno se oculta de ser valiente como de amar»; o mejor aún: «Los valientes ocultan sus actos como las gentes honestas sus limosnas. Los disfrazan o se excusan por ellos». Todo lo que Saint-Exupéry cuenta, lo dice «con conocimiento de causa». El enfrentamiento personal a un frecuente peligro da a su libro un sabor auténtico e inimitable. Hemos tenido numerosos relatos de guerra o de aventuras imaginarias donde el autor a veces daba prueba de un flexible talento, pero que prestan a sonreír a los verdaderos aventureros o combatientes que los leen. Este relato, del que admiro tanto el valor literario, tiene por otra parte el valor de un documento,

y estas dos cualidades, tan inesperadamente unidas dan a *Vuelo Nocturno* su excepcional importancia. André Gide.

A MONSIEUR DIDIER DAURAT

# I

Las colinas, bajo el avión, cavaban ya su estela de sombra en el oro del atardecer. Las llanuras se volvían luminosas pero de una inagotable luz: en este país no terminan nunca de rendir su oro, del mismo modo que después del invierno, no terminan nunca de rendir su nieve. Y el piloto Fabien, que traía del extremo Sur, hacia Buenos Aires, el correo de Patagonia, reconocía la proximidad del atardecer por las mismas señales que las aguas de un puerto: por esa calma, por esas ligeras arrugas que apenas dibujaban unas tranquilas nubes. Entraba en una rada inmensa y bienaventurada. Hubiera podido creer también, en esa calma, dar un lento paseo, casi como un pastor. Los pastores de Patagonia van, sin apresurarse, de un rebaño a otro: él iba de una ciudad a otra, era el pastor de las pequeñas ciudades. Cada dos horas, encontraba algunas que venían a beber a la orilla de los ríos o que pacían en su llanura. A veces, tras cien kilómetros de estepas más deshabitadas que el mar, cruzaba una granja perdida, que parecía arrastrar en retroceso, en un oleaje de praderas, su carga de vidas humanas, entonces saludaba con las alas a ese navío. «San Julián a la vista; aterrizaremos en diez minutos». El radio navegante pasaba la noticia a todos los puestos de la línea. En dos mil quinientos kilómetros, desde el estrecho de Magallanes a Buenos Aires, se escalonaban escalas semejantes; pero esta se abría sobre las fronteras de la noche como, en África, sobre el misterio, la última población sometida. El radio pasó un papel al piloto: —Hay tantas tormentas que las descargas llenan mis auriculares. ¿Dormirá usted en San Julián? Fabien sonrió: el cielo estaba en calma como un acuario y

todas las escalas, delante de ellos, les señalaban «Cielo despejado, viento nulo». Respondió: —Continuaremos. Pero el radio pensaba que las tormentas se habían instalado en alguna parte, como los gusanos se instalan en una fruta; la noche sería bella y sin embargo estaría echada a perder: le repugnaba entrar en esa sombra lista para pudrirse. Mientras descendía con el motor al ralentí sobre San Julián, Fabien se sintió cansado. Todo lo que hace dulce la vida de los hombres crecía hacia él: sus casas, sus pequeños cafés, los árboles de su paseo. Era semejante a un conquistador, en el atardecer de sus conquistas, que se asoma a las tierras del imperio, y descubre la humilde felicidad de los hombres. Fabien tenía necesidad de deponer las armas, de sentir su pesadez y sus agujetas, uno es rico también de sus miserias, y de ser aquí un hombre sencillo, que mira por la ventana una visión desde ahora inmutable. Este pueblo minúsculo, lo habría aceptado: después de haber elegido uno se contenta con el azar de su existencia y se puede amar. Te limita como el amor. Fabien hubiera deseado vivir aquí mucho tiempo, tomar aquí su parte de eternidad, pues las pequeñas ciudades, donde vivía una hora, y los jardines cercados de viejos muros, que atravesaba, le parecían eternos por durar fuera de él. Y el pueblo subía hacia la tripulación y hacia él se abría. Y Fabien pensaba en las amistades, en las chicas tiernas, en la intimidad de los manteles blancos, en todo lo que, lentamente, se domestica para la eternidad. Y el pueblo se deslizaba ya al ras de las alas, extendiendo el misterio de sus jardines cerrados que sus muros ya no protegían. Pero Fabien, habiendo aterrizado, supo que no había visto nada, salvo el movimiento lento de algunos hombres entre sus piedras. Ese pueblo defendía, por su sola inmovilidad, el secreto de sus pasiones, ese pueblo rehusaba su dulzura: habría sido necesario renunciar a la acción para conquistarla. Cuando los diez minutos de escala transcurrieron, Fabien tuvo que partir de nuevo. Se volvió hacia San Julián: no era más que un puñado de luces, luego de estrellas, luego se disipó el polvo que, por última vez, lo tentó. —Ya no veo los cuadrantes: enciendo. Tocó los contactos, but las lámparas rojas de la cabina vertieron hacia las agujas una luz todavía tan diluida en esa luz azul que no las coloreaba. Pasó los

dedos delante de una bombilla: sus dedos apenas se tiñeron. — Demasiado pronto. Sin embargo, la noche ascendía, parecida a un humo sombrío, y ya colmaba los valles. Ya no se distinguían estos de las llanuras. Sin embargo, ya se iluminaban los pueblos, y sus constelaciones se respondían. Y él también, con el dedo, hacía parpadear sus luces de posición, respondía a los pueblos. La tierra estaba tendida de llamadas luminosas, cada casa encendiendo su estrella, frente a la inmensa noche, así como se orienta un faro hacia el mar. Todo lo que cubría una vida humana ya centelleaba. Fabien admiraba que la entrada en la noche se hiciera esta vez, como una entrada en rada, lenta y hermosa. Hundió la cabeza en la cabina. El radio de las agujas comenzaba a brillar. Una tras otra el piloto verificó las cifras y quedó contento. Se descubría sólidamente sentado en el cielo. Rozó con el dedo un larguero de acero, y sintió en el metal fluir la vida: el metal no vibraba, sino que vivía. Los quinientos caballos del motor hacían nacer en la materia una corriente muy suave, que cambiaba su hielo en carne de terciopelo. Una vez más, el piloto no experimentaba, en vuelo, ni vértigo, ni embriaguez, sino el trabajo misterioso de una carne viva. Ahora se había recompuesto un mundo, se abría paso a codazos en él para instalarse cómodamente. Palmeó el cuadro de distribución eléctrica, tocó los contactos uno a uno, se removió un poco, se apoyó mejor en el respaldo, y buscó la posición mejor para sentir bien los balanceos de las cinco toneladas de metal que una noche movediza sostenía. Luego tanteó, colocó en su sitio su lámpara de emergencia, la abandonó, la reencontró, se aseguró de que no resbalaba, la dejó de nuevo para tantear cada palanca, alcanzarlas sin fallo, instruir sus dedos para un mundo de ciego. Luego, cuando sus dedos lo conocieron bien, se permitió encender una lámpara, adornar su cabina de instrumentos precisos, y vigiló solo en los cuadrantes, su entrada en la noche, como una inmersión. Luego, como nada vacilaba, ni vibraba, ni temblaba, y permanecían fijos su giroscopio, su altímetro y el régimen del motor, se estiró un poco, apoyó la nuca en el cuero del asiento, y comenzó esa profunda meditación del vuelo, donde se saborea una esperanza inexplicable. Y ahora, en el corazón de la noche como un vigía, descubre que la noche muestra

al hombre: esas llamadas, esas luces, esa inquietud. Esa simple estrella en la sombra: el aislamiento de una casa. Una se apaga: es una casa que se cierra sobre su amor. O sobre su aburrimiento. Es una casa que cesa de hacer su señal al resto del mundo. No saben lo que esperan esos campesinos acordados a la mesa ante su lámpara: no saben que su deseo se proyecta tan lejos, en la gran noche que los encierra. Pero Fabien lo descubre cuando viene de mil kilómetros y siente profundas olas de fondo levantar y descender el avión que respira, cuando ha atravesado diez tormentas, como países en guerra, y, entre ellas, claros de luna, y cuando alcanza esas luces, una tras otra, con el sentimiento de vencer. Esos hombres creen que su lámpara luce para la humilde mesa, pero a ochenta kilómetros de ellos, uno ya es tocado por la llamada de esa luz, como si la agitaran desesperados, desde una isla desierta, frente al mar.

## II

Así los tres aviones postales de la Patagonia, de Chile y de Paraguay regresaban del Sur, del Oeste y del Norte hacia Buenos Aires. Se esperaba allí su cargamento para dar la salida, hacia medianoche, al avión de Europa. Tres pilotos, cada uno tras un capó pesado como un chalán, perdidos en la noche, meditaban su vuelo, y, hacia la ciudad inmensa, descenderían lentamente de su cielo de tormenta o de paz, como extraños campesinos descenden de sus montañas. Rivière, responsable de la red entera, se paseaba a lo largo y ancho sobre el terreno de aterrizaje de Buenos Aires. Permanecía silencioso pues, hasta la llegada de los tres aviones, esa jornada, para él, seguía siendo redomitable. Minuto a minuto, a medida que los telegramas le llegaban, Rivière tenía conciencia de arrancar algo a la suerte, de reducir la parte de desconocido, y de tirar de sus tripulaciones, fuera de la noche, hasta la orilla. Un operario abordó a Rivière para comunicarle un mensaje del puesto de Radio: —El correo de Chile señala que avista las luces de Buenos Aires. —Bien. Pronto Rivière oiría ese avión: la noche entregaba ya uno, así como un mar, lleno de flujo y de reflujo y de misterios, entrega a la playa el tesoro que tanto tiempo ha zarandeado. Y más tarde se recibirían de ella los otros dos. Entonces esa jornada estaría liquidada. Entonces los equipos agotados irían a dormir, reemplazados por los equipos frescos. Pero Rivière no tendría reposo: el correo de Europa, a su vez, lo cargaría de inquietudes. Siempre sería así. Siempre. Por la primera vez este viejo luchador se asombraba de sentirse cansado. La llegada de los aviones no sería jamás esa victoria que termina una guerra, y abre una era de paz bienaventurada. Nunca

habría, para él, más que un paso dado precediendo a mil pasos semejantes. Le parecía a Rivière que levantaba un peso muy grande, con los brazos extendidos, desde hacía mucho tiempo: un esfuerzo sin reposo y sin esperanza. «Envejezco...». Envejecía si en la acción sola ya no encontraba su alimento. Se asombró de reflexionar sobre problemas que nunca se había planteado. Y sin embargo regresaba contra él, con un murmullo melancólico, la masa de las dulzuras que siempre había apartado: un océano perdido. «¿Está todo eso tan cerca?...». Se dio cuenta de que había ido posponiendo poco a poco hacia la vejez, para «cuando tuviera tiempo» lo que hace dulce la vida de los hombres. Como si realmente se pudiera tener tiempo un día, como si se ganara, en el extremo de la vida, esa paz bienaventurada que uno imagina. Pero no hay paz. Quizá no haya victoria. No hay llegada definitiva de todos los correos. Rivière se detuvo ante Leroux, un viejo capataz que trabajaba. Leroux, también él, trabajaba desde hacía cuarenta años. Y el trabajo tomaba todas sus fuerzas. Cuando Leroux regresaba a su casa hacia las diez de la noche, o medianoche, no era otro mundo el que se le ofrecía, no era una evasión. Rivière sonrió a este hombre que levantaba su rostro pesado, y designaba un eje azulado: «Se resistía, pero lo conseguí». Rivière se inclinó sobre el eje. Rivière era atrapado de nuevo por el oficio. «Habría que decir a los talleres que ajusten esas piezas con más holgura». Tateó con el dedo las trazas del gripado, luego consideró de nuevo a Leroux. Una extraña pregunta le venía a los labios, ante esas arrugas severas. Sonrió por ello: —¿Se ha ocupado usted mucho de amor, Leroux, en su vida? — ¡Oh! El amor, ya sabe, señor Director... —Usted es como yo, nunca ha tenido tiempo. —No mucho... Rivière escuchaba el sonido de la voz, para saber si la respuesta era amarga: no era amarga. Este hombre experimentaba, en frente de su vida pasada, la tranquila satisfacción del carpintero que acaba de pulir una bella plancha: «Ya está. Está hecho». «Ya está —pensaba Rivière—, mi vida está hecha». Rechazó todos los pensamientos tristes que le venían de su fatiga, y se dirigió hacia el hangar, pues el avión de Chile rugía.

### III

El sonido de ese motor lejano se volvía de más en más denso. Maduraba. Se dieron las luces. Las lámparas rojas del balizaje dibujaron un hangar, pilones de T.S.F., un terreno cuadrado. Se preparaba una fiesta. —¡Ahí está! El avión rodaba ya en el haz de los faros. Tan brillante que parecía nuevo. Pero, cuando se hubo detenido al fin ante el hangar, mientras los mecánicos y los operarios se apresuraban para descargar el correo, el piloto Pellerin no se movió. —Y bien, ¿qué espera para bajar? El piloto, ocupado en alguna misteriosa tarea, no se dignó responder. Probablemente escuchaba todavía todo el ruido del vuelo pasar en él. Sacudía lentamente la cabeza, y, inclinado hacia adelante, manipulaba no se sabe qué. Finalmente se volvió hacia los jefes y los camaradas, y los consideró gravemente, como su propiedad. Parecía contarlos y medirlos y pesarlos, y pensaba que se los había ganado, y también ese hangar de fiesta y ese cemento sólido y, más lejos, esa ciudad con su movimiento, sus mujeres y su calor. Sostenía a ese pueblo en sus anchas manos, como súbditos, puesto que podía tocarlos, oírlos e insultarlos. Pensó primero en insultarlos por estar allí tranquilos, seguros de vivir, admirando la luna, pero fue magnánimo: —... ¡Pagad unas copas! Y descendió. Quiso contar su viaje: —¡Si supierais!... Juzgando sin duda haber dicho bastante, se fue a quitar su chaqueta de cuero. Cuando el coche lo llevó hacia Buenos Aires en compañía de un inspector mustio y de Rivière silencioso, se puso triste: es hermoso salir de un apuro, y soltar con salud, al recuperar pie, buenos insultos. ¡Qué alegría potente! Pero después, cuando uno recuerda, duda de no se sabe qué. La lucha en el ciclón, eso, al

menos, es real, es franco. Pero no el rostro de las cosas, ese rostro que adoptan cuando se creen solas. Pensaba: «Es exactamente igual que una revuelta: rostros que apenas palidecen, ipero cambian tanto!». Hizo un esfuerzo por recordar. Franqueaba, apacible, la Cordillera de los Andes. Las nieves del invierno pesaban sobre ella con toda su paz. Las nieves del invierno habían hecho la paz en esa masa, como los siglos en los castillos muertos. En doscientos kilómetros de espesor, más un hombre, ni un soplo de vida, ni un esfuerzo. Sino aristas verticales, que a seis mil de altitud se rozan, sino mantos de piedra que caen rectos, sino una formidable tranquilidad. Fue en las cercanías del Pico Tupungato... Reflexionó. Sí, fue ahí donde fue testigo de un milagro. Pues al principio no había visto nada, sino que simplemente se había sentido incómodo, semejante a alguien que se creía solo, que ya no está solo, que es observado. Se había sentido, demasiado tarde y sin bien comprender cómo, rodeado de cólera. Eso es. ¿De dónde venía esa cólera? ¿En qué adivinaba que manaba de las piedras, que manaba de la nieve? Pues nada parecía venir hacia él, ninguna tormenta sombría estaba en marcha. Sino un mundo apenas diferente, en el mismo lugar, surgía del otro. Pellerin miraba, con una opresión en el corazón inexplicable, esos picos inocentes, esas aristas, esas crestas de nieve, apenas más grises, y que sin embargo comenzaban a vivir — como un pueblo. Sin tener que luchar, apretaba las manos sobre los mandos. Algo se preparaba que no comprendía. Tensaba sus músculos, como una bestia que va a saltar, pero no veía nada que no estuviera en calma. Sí, en calma, pero cargado de un extraño poder. Luego todo se había aguzado. Esas aristas, esos picos, todo se volvía agudo: se les sentía penetrar, como proas, el viento duro. Y luego le pareció que viraban y derivaban a su alrededor, a la manera de navíos gigantes que se posicionan para el combate. Y luego hubo, mezclado con el aire, un polvo: ascendía, flotando suavemente, como un velo, a lo largo de las nieves. Entonces, para buscar una salida en caso de retirada necesaria, se volvió y tembló: toda la Cordillera, detrás, parecía fermentar. —Estoy perdido. De un pico, delante, brotó la nieve: un volcán de nieve. Luego de un segundo pico, un poco a la derecha. Y todos los picos, así, uno tras

otro se inflamaron, como sucesivamente tocados por algún invisible corredor. Fue entonces cuando con los primeros remolinos del aire las montañas alrededor del piloto oscilaron. La acción violenta deja pocas huellas: él ya no encontraba en sí el recuerdo de los grandes remolinos que lo habían revolcado. Se recordaba solamente haberse debatido, con rabia, en esas llamas grises. Reflexionó. «El ciclón, no es nada. Uno salva el pellejo. ¡Pero antes! ¡Pero ese encuentro que uno tiene!». Creía reconocer, entre mil, un cierto rostro, y sin embargo ya lo había olvidado.

## IV

Rivière miraba a Pellerin. Cuando este bajara del coche, en veinte minutos, se mezclaría con la multitud con un sentimiento de lasitud y de pesadez. Pensaría quizá: «Estoy muy cansado... ¡sucio oficio!». Y a su mujer le confesaría algo como «se está mejor aquí que en los Andes». Y sin embargo, todo aquello a lo que los hombres se aferran tan fuerte casi se había desprendido de él: acababa de conocer su miseria. Acababa de vivir unas horas en la otra cara del decorado, sin saber si le sería permitido restablecer para sí esa ciudad en sus luces. Si reencontraría siquiera aún, amigas de infancia aburridas pero queridas, todas sus pequeñas enfermedades de hombre. «Hay en toda multitud —pensaba Rivière— hombres que no se distinguen, y que son prodigiosos mensajeros. Y sin saberlo ellos mismos. A menos que...». Rivière temía a ciertos admiradores. No comprendían el carácter sagrado de la aventura, y sus exclamaciones falseaban el sentido, disminuían al hombre. Pero Pellerin guardaba aquí toda su grandeza de estar simplemente instruido, mejor que nadie, sobre lo que vale el mundo entrevisto bajo una cierta luz, y de rechazar las aprobaciones vulgares con un pesado desdén. Así que Rivière lo felicitó: «¿Cómo lo ha conseguido?». Y le gustó que hablara simplemente de oficio, que hablara de su vuelo como un herrero de su yunque. Pellerin explicó primero su retirada cortada. Casi se excusaba: «Así que no he tenido elección». Luego ya no había visto nada: la nieve lo cegaba. Pero violentas corrientes lo habían salvado, levantándolo a siete mil. «Debí de mantenerme al ras de las crestas durante toda la travesía». Habló también del giroscopio, del que habría que cambiar de lugar la toma de aire: la nieve la obturaba:

«Forma hielo, ¿sabe?». Más tarde otras corrientes habían hecho volcar a Pellerin, y, hacia los tres mil, ya no comprendía cómo no había chocado aún contra nada. Es que sobrevolaba ya la llanura. «Me di cuenta de repente, al desembocar en cielo despejado». Explicó finalmente que había tenido, en ese instante, la impresión de salir de una caverna. —¿Tempestad también en Mendoza? —No. Aterricé con cielo despejado, sin viento. Pero la tempestad me seguía de cerca. La describió porque, decía, «aun así era extraño». La cumbre se perdía muy alta en las nubes de nieve, pero la base rodaba sobre la llanura así como una lava negra. Una a una, las ciudades eran engullidas. «Nunca he visto eso...». Luego se calló, sobrecogido por algún recuerdo. Rivière se volvió hacia el inspector. —Es un ciclón del Pacífico, nos avisaron demasiado tarde. Esos ciclones, además, nunca sobrepasan los Andes. No se podía prever que ese proseguiría su marcha hacia el Este. El inspector, que no sabía nada del tema, asintió. El inspector pareció dudar, se volvió hacia Pellerin, y su nuez de Adán se movió. Pero se calló. Reanudó, tras reflexionar, mirando recto delante de sí, su dignidad melancólica. La paseaba, como un equipaje, esa melancolía. Desembarcado la víspera en Argentina, llamado por Rivière para vagas tareas, estaba entorpecido por sus grandes manos y su dignidad de inspector. No tenía derecho a admirar ni la fantasía, ni la *verve*: admiraba por función la puntualidad. No tenía derecho a beber un vaso en compañía, a tutear a un camarada y a arriesgar un juego de palabras salvo si, por un azar inverosímil, encontraba, en la misma escala, a otro inspector. «Es duro —pensaba— ser un juez». A decir verdad, no juzgaba, sino que asentía con la cabeza. Ignorándolo todo, asentía con la cabeza, lentamente, ante todo lo que encontraba. Eso turbaba las conciencias negras y contribuía al buen mantenimiento del material. No era muy querido, pues un inspector no está creado para las delicias del amor, sino para la redacción de informes. Había renunciado a proponer en ellos métodos nuevos y soluciones técnicas, desde que Rivière había escrito: «Se ruega al inspector Robineau que nos proporcione, no poemas, sino informes. El inspector Robineau utilizará felizmente sus competencias estimulando el celo del personal». Así que se lanzaba

desde entonces, como sobre su pan cotidiano, sobre los desfallecimientos humanos. Sobre el mecánico que bebía, el jefe de aeródromo que pasaba las noches en vela, el piloto que rebotaba en el aterrizaje. Rivière decía de él: «No es muy inteligente, por eso rinde grandes servicios». Un reglamento establecido por Rivière era, para Rivière, conocimiento de los hombres; pero para Robineau no existía más que un conocimiento del reglamento. —Robineau, para todas las salidas retrasadas —le había dicho un día Rivière—, debe hacer saltar las primas de exactitud. —¿Incluso en caso de fuerza mayor? ¿Incluso con bruma? —Incluso con bruma. Y Robineau experimentaba una suerte de orgullo por tener un jefe tan fuerte que no temía ser injusto. Y el propio Robineau obtendría cierta majestad de un poder tan ofensivo. —Ha dado usted la salida a las seis y cuarto —repetía más tarde a los jefes de aeropuerto—, no podremos pagarle su prima. —Pero, señor Robineau, ¡a las cinco y media no se veía a diez metros! —Es el reglamento. —Pero, señor Robineau, ¡no podemos barrer la bruma! Y Robineau se atrincheraba en su misterio. Formaba parte de la dirección. Solo, entre esos peleles, comprendía cómo castigando a los hombres, se mejorará el tiempo. «No piensa nada —decía de él Rivière—, eso le evita pensar equivocadamente». Si un piloto rompía un aparato, ese piloto perdía su prima de no-rotura. —¿Pero cuando la avería ha tenido lugar sobre un bosque? —se había informado Robineau. —Sobre un bosque también. Y Robineau se lo guardó para sí. —Lo lamento —decía más tarde a los pilotos, con una viva embriaguez—, lo lamento incluso infinitamente, pero tenía que haber tenido la avería en otra parte. —Pero, señor Robineau, ¡uno no elige! —Es el reglamento. «El reglamento —pensaba Rivière— es semejante a los ritos de una religión que parecen absurdos pero moldean a los hombres». Le era indiferente a Rivière parecer justo o injusto. Quizá esas palabras ni siquiera tenían sentido para él. Los pequeños burgueses de las pequeñas ciudades dan vueltas por la noche alrededor de su quiosco de música y Rivière pensaba: «Justo o injusto hacia ellos, eso no tiene sentido: no existen». El hombre era para él una cera virgen que había que amasar. Había que dar un alma a esa materia, crearle una voluntad. No pensaba en subyugarlos con esa dureza, sino en

lanzarlos fuera de sí mismos. Si castigaba así todo retraso, cometía un acto de injusticia pero tensaba hacia la salida la voluntad de cada escala; creaba esa voluntad. No permitiendo a los hombres regocijarse por un tiempo cerrado, como por una invitación al reposo, los mantenía en vilo hacia la mejoría, y la espera humillaba secretamente hasta al operario más oscuro. Se aprovechaba así del primer defecto en la armadura: «Despejado al norte, ien ruta!». Gracias a Rivière, en quince mil kilómetros, el culto al correo primaba sobre todo. Rivière decía a veces: —Esos hombres son felices, porque aman lo que hacen, y lo aman porque soy duro. Quizá hacía sufrir, pero procuraba también a los hombres fuertes alegrías. «Hay que empujarlos —pensaba— hacia una vida fuerte que entraña sufrimientos y alegrías, pero que es la única que cuenta». Cuando el coche entraba en la ciudad, Rivière se hizo conducir al despacho de la Compañía. Robineau, quedado a solas con Pellerin, lo miró, y entreabrió los labios para hablar.

## V

Pues Robineau esa noche estaba cansado. Acababa de descubrir, frente a Pellerin vencedor, que su propia vida era gris. Acababa sobre todo de descubrir que él, Robineau, a pesar de su título de inspector y su autoridad, valía menos que ese hombre roto de fatiga, hundido en el rincón del coche, con los ojos cerrados y las manos negras de aceite. Por la primera vez Robineau admiraba. Tenía necesidad de decirlo. Tenía necesidad sobre todo de ganarse una amistad. Estaba cansado de su viaje y de sus fracasos del día, quizá se sentía incluso un poco ridículo. Se había enredado, esa noche, en sus cálculos al verificar las existencias de gasolina, y el propio agente al que deseaba sorprender, sintiendo lástima, los había terminado por él. Pero sobre todo había criticado el montaje de una bomba de aceite del tipo B. 6, confundiéndola con una bomba de aceite del tipo B. 4, y los mecánicos taimados lo habían dejado denostar durante veinte minutos «una ignorancia que nada excusa», su propia ignorancia. Tenía miedo también de su habitación de hotel. De Toulouse a Buenos Aires, regresaba a ella invariablemente después del trabajo. Se encerraba allí, con la conciencia de los secretos de los que estaba cargado, sacaba de su maleta una resma de papel, escribía lentamente «Informe», aventuraba algunas líneas y lo rompía todo. Le habría gustado salvar a la Compañía de un gran peligro. Ella no corría ningún peligro. No había salvado gran cosa hasta el presente, salvo un cubo de hélice tocado por el óxido. Había paseado su dedo sobre ese óxido, con aire fúnebre, lentamente, delante de un jefe de aeródromo, que por otra parte le había respondido: «Diríjase a la escala precedente: ese avión acaba de

llegar de allí». Robineau dudaba de su papel. Aventuró, para acercarse a Pellerin: —¿Quiere cenar conmigo? Necesito un poco de conversación, mi oficio es a veces duro... Luego corrigió para no descender demasiado rápido: —¡Tengo tantas responsabilidades! A sus subalternos no les gustaba mucho mezclar a Robineau en su vida privada. Cada uno pensaba: «Si todavía no ha encontrado nada para su informe, como tiene mucha hambre, me comerá». Pero Robineau, esa noche, no pensaba mucho más que en sus miserias: el cuerpo afligido por un molesto eczema, su único verdadero secreto, le habría gustado contarlo, hacerse compadecer, y no encontrando consuelo en el orgullo, buscarlo en la humildad. Poseía también, en Francia, una amante, a quien, la noche de sus regresos, contaba sus inspecciones, para deslumbrarla un poco y hacerse amar, pero que justamente le estaba tomando manía, y tenía necesidad de hablar de ella. —Entonces, ¿cena conmigo? Pellerin, magnánimo, aceptó.

## VI

Los secretarios dormitaban en las oficinas de Buenos Aires, cuando Rivière entró. Había conservado su abrigo, su sombrero, se parecía siempre a un eterno viajero, y pasaba casi desapercibido, tanto su pequeña estatura apenas desplazaba aire, tanto su pelo gris y sus ropas anónimas se adaptaban a toda decoración. Y sin embargo, un celo animó a los hombres. Los secretarios se agitaron, el jefe de oficina compulsó con urgencia los últimos papeles, las máquinas de escribir tabletearon.

El telefonista clavaba sus clavijas en la centralita, y anotaba en un libro grueso los telegramas.

Rivière se sentó y leyó.

Tras la prueba de Chile, releía la historia de un día feliz donde las cosas se ordenan por sí mismas, donde los mensajes, de los que se libran uno tras otro los aeropuertos franqueados, son sobrios boletines de victoria. El correo de Patagonia, también él, progresaba rápido: se estaba adelantado sobre el horario, pues los vientos empujaban del Sur hacia el Norte su gran oleaje favorable.

—Páseme los partes meteorológicos.

Cada aeropuerto elogiaba su tiempo despejado, su cielo transparente, su buena brisa. Un atardecer dorado había vestido América. Rivière se alegró del celo de las cosas. Ahora ese correo luchaba en alguna parte en la aventura de la noche, pero con las mejores oportunidades.

Rivière apartó el cuaderno.

—Está bien.

Y salió a echar un vistazo a los servicios, vigilante nocturno que velaba sobre la mitad del mundo.

Ante una ventana abierta se detuvo y comprendió la noche. Contenía Buenos Aires, pero también, como una vasta nave, América. No se asombró de ese sentimiento de grandeza: el cielo de Santiago de Chile, un cielo extranjero, pero una vez el correo en marcha hacia Santiago de Chile, se vivía, de un extremo a otro de la línea, bajo la misma bóveda profunda. Ese otro correo ahora cuya voz se acechaba en los auriculares de T.S.F., los pescadores de Patagonia veían lucir sus luces de posición. Esa inquietud de un avión en vuelo, cuando pesaba sobre Rivière, pesaba también sobre las capitales y las provincias, con el rugido del motor.

Feliz de esa noche bien despejada, recordaba noches de desorden, donde el avión le parecía peligrosamente hundido y tan difícil de socorrer. Se seguía desde el puesto de radio de Buenos Aires su lamento mezclado con el crepitar de las tormentas. Bajo esa ganga sorda, el oro de la onda musical se perdía. ¡Qué desamparo en el canto menor de un correo lanzado en flecha ciega hacia los obstáculos de la noche!

Rivière pensó que el lugar de un inspector, una noche de vela, está en la oficina.

—Haga que me busquen a Robineau.

Robineau estaba a punto de hacer de un piloto su amigo. Había, en el hotel, desembalado su maleta delante de él; esta entregaba esos pequeños objetos por los cuales los inspectores se acercan al resto de los hombres: algunas camisas de mal gusto, un neceser de aseo, luego una fotografía de mujer delgada que el inspector colgó en la pared. Hacía así a Pellerin la humilde confesión de sus necesidades, de sus ternuras, de sus pesares. Alineando en un orden miserable sus tesoros, exponía ante el piloto su miseria. Un eczema moral. Mostraba su prisión.

Pero para Robineau, como para todos los hombres, existía una pequeña luz. Había experimentado una gran dulzura sacando del fondo de su maleta, preciosamente envuelto, un saquito. Lo había palmeado largo rato sin decir nada. Luego, aflojando al fin las manos:

—He traído esto del Sáhara...

El inspector se había ruborizado por atreverse a tal confianza. Estaba consolado de sus sinsabores y de su infortunio conyugal, y de toda esa gris verdad por unas piedrecitas negruzcas que abrían una puerta al misterio.

Ruborizándose un poco más:

—Se encuentran las mismas en Brasil...

Y Pellerin había palmeado el hombro de un inspector que se inclinaba sobre la Atlántida.

Por pudor también Pellerin había preguntado:

—¿Le gusta la geología?

—Es mi pasión.

Solo las piedras, en la vida, habían sido dulces para él.

Robineau, cuando lo llamaron, se sintió triste, pero volvió a ser digno.

—Debo dejarle, el señor Rivière me necesita para algunas decisiones graves.

Cuando Robineau penetró en la oficina, Rivière lo había olvidado. Meditaba ante un mapa mural donde se inscribía en rojo la red de la Compañía. El inspector esperaba sus órdenes. Tras largos minutos, Rivière, sin volver la cabeza, le preguntó:

—¿Qué piensa de este mapa, Robineau?

Planteaba a veces acertijos al salir de un ensueño.

—Este mapa, señor Director...

El inspector, a decir verdad, no pensaba nada de él, pero, fijando el mapa con aire severo, inspeccionaba a grandes rasgos Europa y América. Rivière, por otra parte, proseguía, sin compartirlas con él, sus meditaciones: «El rostro de esta red es hermoso pero duro. Nos ha costado muchos hombres, hombres jóvenes. Se impone aquí, con la autoridad de las cosas construidas, ¡pero cuántos problemas plantea!». Sin embargo, el objetivo para Rivière lo dominaba todo.

Robineau, de pie junto a él, fijando siempre, recto delante de sí, el mapa, poco a poco se enderezaba. Por parte de Rivière, no esperaba ninguna compasión.

Había una vez tentado su suerte confesando su vida arruinada por su ridícula enfermedad, y Rivière le había respondido con una agudeza: «Si eso le impide dormir, estimulará su actividad».

No era más que una media agudeza. Rivière tenía costumbre de afirmar: «Si los insomnios de un músico le hacen crear bellas obras, son bellos insomnios». Un día había señalado a Leroux: «Mire eso, qué hermosa es, esa fealdad que repele el amor...». Todo lo que Leroux tenía de grande, se lo debía quizá a esa desgracia que había reducido su vida a la del oficio.

—¿Está usted muy unido a Pellerin?

—¡Eh!...

—No se lo reprocho.

Rivière dio media vuelta, y, con la cabeza inclinada, caminando a pequeños pasos, arrastraba con él a Robineau. Una sonrisa triste le vino a los labios, que Robineau no comprendió.

—Solamente... solamente usted es el jefe.

—Sí —dijo Robineau.

Rivière pensó que así, cada noche, una acción se anudaba en el cielo como un drama. Un aflojamiento de las voluntades podía acarrear una derrota, quizá habría que luchar mucho de aquí al día.

—Debe mantenerse en su papel.

Rivière sopesaba sus palabras:

—Quizá ordene usted a ese piloto, la noche próxima, una salida peligrosa: deberá obedecer.

—Sí...

—Dispone usted casi de la vida de los hombres, y de hombres que valen más que usted...

Pareció dudar.

—Eso es grave.

Rivière, caminando siempre a pequeños pasos, se calló unos segundos.

—Si es por amistad por lo que le obedecen, los engaña. Usted mismo no tiene derecho a ningún sacrificio.

—No... claro.

—Y, si creen que su amistad les ahorrará ciertas tareas, los engaña también: tendrán que obedecer igualmente. Siéntese ahí.

Rivière suavemente, con la mano, empujaba a Robineau hacia su escritorio.

—Voy a ponerlo en su sitio, Robineau. Si está cansado, no es a esos hombres a quienes corresponde sostenerlo. Usted es el jefe. Su debilidad es ridícula. Escriba.

—Yo...

—Escriba: «El inspector Robineau impone al piloto Pellerin tal sanción por tal motivo...». Ya encontrará un motivo cualquiera.

—¡Señor Director!

—Haga como si lo comprendiera, Robineau. Ame a aquellos que manda. Pero sin decírselo.

Robineau, de nuevo, con celo, haría limpiar los cubos de hélice.

Un campo de socorro comunicó por T.S.F. «Avión a la vista. Avión señala: Descenso de régimen, voy a aterrizar».

Se perdería sin duda una media hora. Rivière conoció esa irritación, que se experimenta cuando el rápido se detiene en la vía, y los minutos ya no entregan su lote de llanuras. La gran aguja del reloj describía ahora un espacio muerto: tantos acontecimientos habrían podido caber en esa apertura de compás. Rivière salió para engañar la espera, y la noche le pareció vacía como un teatro sin actor. «¡Una noche así que se pierde!». Miraba con rencor, por la ventana, ese cielo descubierta, enriquecido de estrellas, ese balizaje divino, esa luna, el oro de una noche así dilapidado.

Pero, desde que el avión despegó, esa noche para Rivière fue de nuevo emocionante y bella. Llevaba la vida en sus flancos. Rivière cuidaba de ella:

—¿Qué tiempo encuentran? —hizo preguntar a la tripulación.

Diez segundos transcurrieron:

—Muy bueno.

Luego vinieron algunos nombres de ciudades franqueadas, y eran para Rivière, en esa lucha, ciudades que caían.

## VII

El radio navegante del correo de Patagonia, una hora más tarde, se sintió alzado suavemente, como por un hombro. Miró a su alrededor: unas nubes pesadas apagaban las estrellas. Se inclinó hacia el suelo: buscaba las luces de los pueblos, parecidas a las de luciérnagas escondidas en la hierba, pero nada brillaba en esa hierba negra.

Se sintió malhumorado, entreviendo una noche difícil: marchas, contramarchas, territorios ganados que hay que devolver. No comprendía la táctica del piloto; le parecía que se chocaría más lejos con el espesor de la noche como contra un muro.

Ahora, percibía, frente a ellos, un centelleo imperceptible al ras del horizonte: un resplandor de fragua. El radio tocó el hombro de Fabien, pero este no se movió.

Los primeros remolinos de la tormenta lejana atacaban al avión. Suavemente alzadas, las masas metálicas pesaban contra la carne misma del radio, luego parecían desvanecerse, fundirse, y en la noche, durante algunos segundos, flotó solo. Entonces se aferró con las dos manos a los largueros de acero.

Y como ya no percibía nada del mundo salvo la bombilla roja de la cabina, se estremeció de sentirse descender al corazón de la noche, sin socorro, bajo la única protección de una pequeña lámpara de minero. No se atrevió a molestar al piloto para saber lo que decidiría, y, con las manos apretadas sobre el acero, inclinado hacia adelante, hacia él, miraba esa nuca sombría.

Una cabeza y unos hombros inmóviles emergían solos de la débil claridad. Ese cuerpo no era más que una masa sombría, apoyada un poco hacia la izquierda, el rostro frente a la tormenta, lavado sin duda por cada relámpago. Pero el radio no veía nada de ese rostro. Todo lo que allí se agolpaba de sentimientos para afrontar una tempestad: esa mueca, esa voluntad, esa cólera, todo lo que se intercambiaba de esencial, entre ese rostro pálido y, allá lejos, esos cortos resplandores, permanecía para él impenetrable.

Adivinaba sin embargo la potencia recogida en la inmovilidad de esa sombra, y la amaba. Lo llevaba sin duda hacia la tormenta, pero también lo cubría. Sin duda esas manos, cerradas sobre los mandos, pesaban ya sobre la tempestad, como sobre la nuca de una bestia, pero los hombros llenos de fuerza permanecían inmóviles, y se sentía allí una profunda reserva.

El radio pensó que después de todo el piloto era responsable. Y ahora saboreaba, llevado a la grupa en ese galope hacia el incendio, lo que esa forma sombría, allí, delante de él, expresaba de material y de pesado, lo que expresaba de durable.

A la izquierda, débil como un faro de eclipses, un nuevo foco se iluminó.

El radio esbozó un gesto para tocar el hombro de Fabien, prevenirlo, pero lo vio girar lentamente la cabeza, y mantener su rostro, algunos segundos, frente a ese nuevo enemigo, luego, lentamente, retomar su posición primitiva. Esos hombros siempre inmóviles, esa nuca apoyada en el cuero.

## VIII

Rivière había salido para caminar un poco y engañar al malestar que lo invadía de nuevo, y él, que no vivía más que para la acción, una acción dramática, sentía extrañamente que el drama se desplazaba, se volvía personal. Pensó que alrededor de su quiosco de música los pequeños burgueses de las pequeñas ciudades vivían una vida de apariencia silenciosa, but a veces pesada también de dramas: la enfermedad, el amor, los lutos, y que quizá... Su propio mal le enseñaba muchas cosas: «Eso abre ciertas ventanas», pensaba.

Luego, hacia las once de la noche, respirando mejor, se encaminó en dirección a la oficina. Dividía lentamente, con los hombros, la multitud que se estancaba ante la boca de los cines. Levantó los ojos hacia las estrellas, que lucían sobre la calle estrecha, casi borradas por los carteles luminosos, y pensó: «Esta noche con mis dos correos en vuelo, soy responsable de un cielo entero. Esta estrella es una señal, que me busca en esta multitud, y que me encuentra: por eso me siento un poco extranjero, un poco solitario».

Una frase musical le volvió: algunas notas de una sonata que escuchaba ayer con unos amigos. Sus amigos no habían comprendido: «Ese arte nos aburre y le aburre a usted, solo que no lo confiesa».

«Quizá...» había respondido él.

Se había, como esta noche, sentido solitario, pero bien pronto había descubierto la riqueza de tal soledad. El mensaje de esa música venía a él, a él solo entre los mediocres, con la dulzura de un

secreto. Así la señal de la estrella. Le hablaban, por encima de tantos hombros, un lenguaje que solo él entendía.

En la acera lo empujaban; pensó aún: «No me enfadaré. Soy semejante al padre de un niño enfermo, que camina entre la multitud a pequeños pasos. Lleva en él el gran silencio de su casa».

Levantó los ojos hacia los hombres. Buscaba reconocer a aquellos de entre ellos que paseaban a pequeños pasos su invención o su amor, y pensaba en el aislamiento de los guardianes de faros.

El silencio de las oficinas le gustó. Las atravesaba lentamente, una tras otra, y su paso sonaba solo. Las máquinas de escribir dormían bajo las fundas. Sobre las carpetas en orden los grandes armarios estaban cerrados. Diez años de experiencia y de trabajo. Le vino la idea de que visitaba las cámaras acorazadas de un banco; allí donde pesan las riquezas. Pensaba que cada uno de esos registros acumulaba algo mejor que oro: una fuerza viva. Una fuerza viva pero dormida, como el oro de los bancos.

En alguna parte encontraría al único secretario de guardia. Un hombre trabajaba en alguna parte para que la vida fuera continua, para que la voluntad fuera continua, y así, de escala en escala, para que jamás, de Toulouse a Buenos Aires, se rompiera la cadena.

«Ese hombre no conoce su grandeza».

Los correos en alguna parte luchaban. El vuelo de noche duraba como una enfermedad: había que velar. Había que asistir a esos hombres que, con las manos y las rodillas, pecho contra pecho, afrontaban la sombra, y que ya no conocían, ya no conocían nada salvo cosas movedizas, invisibles, de las que había que, a la fuerza de los brazos ciegos, salir como de un mar. ¡Qué confesiones terribles a veces!: «He iluminado mis manos para verlas...». Terciopelo de las manos revelado solo en ese baño rojo de fotógrafo. Lo que queda del mundo, y que hay que salvar.

Rivière empujó la puerta de la oficina de explotación. Una sola lámpara encendida creaba en un ángulo una playa clara. El tableteo de una sola máquina de escribir daba un sentido a ese silencio, sin

llenarlo. El timbre del teléfono temblaba a veces; entonces el secretario de guardia se levantaba, y caminaba hacia esa llamada repetida, obstinada, triste. El secretario de guardia descolgaba el auricular y la angustia invisible se calmaba: era una conversación muy suave en un rincón de sombra. Luego, impasible, el hombre regresaba a su escritorio, el rostro cerrado por la soledad y el sueño, sobre un secreto indescifrable. Qué amenaza trae una llamada, que viene de la noche de fuera, cuando dos correos están en vuelo. Rivière pensaba en los telegramas que alcanzan a las familias bajo las lámparas del atardecer, luego en la desgracia que, durante segundos casi eternos, permanece un secreto en el rostro del padre. Onda primero sin fuerza, tan lejos del grito lanzado, tan calma. Y, cada vez, oía su débil eco en ese timbre discreto. Y, cada vez, los movimientos del hombre, que la soledad volvía lento como un nadador entre dos aguas, regresando de la sombra hacia su lámpara, como un buzo remonta, le parecían pesados de secretos.

—Quédese. Voy yo.

Rivière descolgó el auricular, recibió el zumbido del mundo.

—Aquí Rivière.

Un débil tumulto, luego una voz:

—Le paso con el puesto de radio.

Un nuevo tumulto, el de las clavijas en la centralita, luego otra voz:

—Aquí el puesto de radio. Le comunicamos los telegramas.

Rivière los anotaba y asentía con la cabeza:

—Bien... Bien...

Nada importante. Mensajes regulares de servicio. Río de Janeiro pedía una información, Montevideo hablaba del tiempo, y Mendoza de material. Eran los ruidos familiares de la casa.

—¿Y los correos?

—El tiempo está tormentoso. No oímos a los aviones.

—Bien.

Rivière pensó que la noche aquí era pura, las estrellas brillantes, pero los radiotelegrafistas descubrían en ella el soplo de lejanas tormentas.

—Hasta luego.

Rivière se levantaba, el secretario lo abordó:

—Las notas de servicio, para la firma, Señor...

—Bien.

Rivière descubría una gran amistad por este hombre, sobre el que cargaba también el peso de la noche. «Un camarada de combate — pensaba Rivière—. Sin duda no sabrá nunca cuánto nos une esta vigilia».

## IX

Mientras, con un fajo de papeles en las manos, regresaba a su despacho personal, Rivière sintió ese vivo dolor en el costado derecho, que desde hacía algunas semanas, lo atormentaba.

«Esto no va bien...».

Se apoyó un segundo contra la pared:

«Es ridículo».

Luego alcanzó su sillón.

Se sentía, una vez más, atado como un viejo león, y una gran tristeza lo invadió.

«¡Tanto trabajo para acabar en esto! Tengo cincuenta años; cincuenta años he llenado mi vida, me he formado, he luchado, he cambiado el curso de los acontecimientos y he aquí ahora lo que me ocupa y me llena, y supera al mundo en importancia... Es ridículo».

Esperó, secó un poco de sudor, y, cuando se vio liberado, trabajó.

Compulsaba lentamente las notas.

«Hemos constatado en Buenos Aires, en el curso del desmontaje del motor 301... impondremos una sanción grave al responsable».

Firmó.

«No habiendo observado la escala de Florianópolis las instrucciones...».

Firmó.

«Trasladaremos por medida disciplinaria al jefe de aeródromo Richard que...».

Firmó.

Luego, como ese dolor en el costado, entumecido, pero presente en él y nuevo como un sentido nuevo de la vida, lo obligaba a pensar en sí mismo, se sintió casi amargado.

«¿Soy justo o injusto? Lo ignoro. Si golpeo, las averías disminuyen. El responsable no es el hombre, es como una potencia oscura que no se toca jamás, si no se toca a todo el mundo. Si yo fuera muy justo, un vuelo de noche sería cada vez una probabilidad de muerte».

Le vino una cierta lasitud de haber trazado tan duramente esa ruta. Pensó que la piedad es buena. Hojeaba siempre las notas, absorto en su sueño.

«...en cuanto a Roblet, a partir de hoy, ya no forma parte de nuestro personal».

Volvió a ver a ese viejo hombre bueno y la conversación de la tarde:

—Un ejemplo, qué quiere usted, es un ejemplo.

—Pero señor... pero señor... ¡Una vez, una sola, piense, y he trabajado toda mi vida!

—Hace falta un ejemplo.

—¡Pero señor!... ¡Mire, señor!

Entonces esa cartera gastada y esa vieja hoja de periódico donde Roblet joven posa de pie cerca de un avión.

Rivière veía las viejas manos temblar sobre esa gloria ingenua.

—Data de 1910, señor... ¡Fui yo quien hizo el montaje, aquí, del primer avión de Argentina! La aviación desde 1910... ¡Señor, hace veinte años! Entonces, ¡cómo puede usted decir... Y los jóvenes, señor, cómo se van a reír en el taller!... ¡Ah! ¡Se van a reír bien!

—Eso, eso me da igual.

—¡Y mis hijos, señor, tengo hijos!

—Le he dicho: le ofrezco un puesto de peón.

—¡Mi dignidad, señor, mi dignidad! Vamos, señor, veinte años de aviación, un viejo obrero como yo...

—De peón.

—¡Me niego, señor, me niego!

Y las viejas manos temblaban, y Rivière apartaba los ojos de esa piel arrugada, espesa y bella.

—De peón.

—No, señor, no... quiero decirle todavía...

—Puede retirarse.

Rivière pensó: «No es a él a quien he despedido así, brutalmente, es al mal del que quizá no era responsable, pero que pasaba a través de él».

«Porque los acontecimientos, se los manda —pensaba Rivière—, y obedecen, y se crea. Y los hombres son pobres cosas, y se los crea también. O bien se los aparta cuando el mal pasa a través de ellos».

«Quiero decirle todavía...». ¡Qué quería decir ese pobre viejo! ¿Que le arrancaban sus viejas alegrías? ¿Que amaba el sonido de las herramientas sobre el acero de los aviones, que privaban su vida de una gran poesía, y además... que hay que vivir?

«Estoy muy cansado», pensaba Rivière. La fiebre subía en él, acariciante. Tamborileaba sobre la hoja y pensaba: «Me gustaba el rostro de ese viejo compañero...». Y Rivière volvía a ver esas manos. Pensaba en ese débil movimiento que esbozarían para juntarse. Bastaría decir: «Está bien. Está bien. Quédese». Rivière soñaba con el torrente de alegría que descendería a esas viejas manos. Y esa alegría que dirían, que iban a decir, no ese rostro, sino esas viejas manos de obrero, le pareció la cosa más bella del mundo. «¿Voy a

romper esta nota?». Y la familia del viejo, y ese regreso por la noche, y ese modesto orgullo:

«—Entonces, ¿te quedas?».

«—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Si fui yo quien hizo el montaje del primer avión de Argentina!».

Y los jóvenes que ya no se reirían, ese prestigio reconquistado por el antiguo...

«¿La rompo?».

El teléfono sonaba, Rivière lo descolgó.

Un tiempo largo, luego esa resonancia, esa profundidad que aportaban el viento, el espacio a las voces humanas. Finalmente hablaron:

—Aquí, el campo. ¿Quién está ahí?

—Rivière.

—Señor Director, el 650 está en pista.

—Bien.

—En fin, todo está listo, pero hemos tenido que, a última hora, rehacer el circuito eléctrico, las conexiones eran defectuosas.

—Bien. ¿Quién montó el circuito?

—Lo verificaremos. Si usted lo permite, tomaremos sanciones: ¡un fallo de luz de a bordo, puede ser grave!

—Por supuesto.

Rivière pensaba: «Si no se arranca el mal, cuando se lo encuentra, donde sea, hay fallos de luz: es un crimen pasarlo por alto cuando por azar descubre sus instrumentos: Roblet se irá».

El secretario, que no ha visto nada, sigue tecleando.

—¿Es?

—La contabilidad de la quincena.

—¿Por qué no está lista?

—Yo...

—Ya veremos eso.

«Es curioso cómo los acontecimientos toman la delantera, cómo se revela una gran fuerza oscura, la misma que levanta las selvas vírgenes, que crece, que fuerza, que mana de todas partes alrededor de las grandes obras». Rivière pensaba en esos templos que pequeñas lianas hacen derrumbarse.

«Una gran obra...».

Pensó aún para tranquilizarse: «Todos esos hombres, los amo, pero no es contra ellos contra quienes combato. Es contra lo que pasa a través de ellos...».

Su corazón latía con golpes rápidos, que le hacían sufrir.

«No sé si lo que he hecho está bien. No sé el exacto valor de la vida humana, ni de la justicia, ni del dolor. No sé exactamente lo que vale la alegría de un hombre. Ni una mano que tiembla. Ni la piedad, ni la dulzura...».

Soñó:

«La vida se contradice tanto, uno se las arregla como puede con la vida... Pero durar, pero crear, intercambiar su cuerpo perecedero...».

Rivière reflexionó, luego tocó el timbre.

—Telefonee al piloto del correo de Europa. Que venga a verme antes de partir.

Pensaba:

«No debe ocurrir que este correo dé media vuelta inútilmente. Si no sacudo a mis hombres, la noche siempre los inquietará».

# X

La mujer del piloto, despertada por el teléfono, miró a su marido y pensó:

«Le dejo dormir un poco más».

Admiraba ese pecho desnudo, bien carenado, pensaba en un hermoso navío.

Él reposaba en esa cama calma, como en un puerto, y, para que nada agitara su sueño, ella borraba con el dedo ese pliegue, esa sombra, esa ola, apaciguaba esa cama, como, con un dedo divino, el mar.

Se levantó, abrió la ventana, y recibió el viento en el rostro. Esta habitación dominaba Buenos Aires. Una casa vecina, donde se bailaba, expandía algunas melodías, que traía el viento, pues era la hora de los placeres y del reposo. Esta ciudad apretaba a los hombres en sus cien mil fortalezas; todo estaba calmo y seguro; pero le parecía a esta mujer que se iba a gritar «¡A las armas!» y que un solo hombre, el suyo, se alzaría. Reposaba todavía, pero su reposo era el reposo temible de las reservas que van a atacar. Esta ciudad dormida no lo protegía: sus luces le parecerían vanas, cuando se levantara, joven dios, de su polvo. Ella lo miraba esos brazos sólidos que, en una hora, llevarían la suerte del correo de Europa, responsables de algo grande, como de la suerte de una ciudad. Y se sintió turbada. Este hombre, en medio de esos millones de hombres, estaba preparado solo para ese extraño sacrificio. Sintió pena por ello. Él escapaba también a su dulzura. Lo había nutrido, velado y

acariciado, no para ella misma, sino para esta noche que iba a tomarlo. Para luchas, para angustias, para victorias, de las que ella no conocería nada. Esas manos tiernas solo estaban domesticadas, y sus verdaderos trabajos eran oscuros. Conocía las sonrisas de este hombre, sus precauciones de amante, pero no, en la tormenta, sus divinas cóleras. Ella lo cargaba de tiernos lazos: de música, de amor, de flores; pero, a la hora de cada partida, esos lazos, sin que él pareciera sufrir por ello, caían.

Él abrió los ojos.

—¿Qué hora es?

—Medianoche.

—¿Qué tiempo hace?

—No sé...

Se levantó. Caminaba lentamente hacia la ventana estirándose.

—No tendré mucho frío. ¿Cuál es la dirección del viento?

—¿Cómo quieres que lo sepa...

Se asomó:

—Sur. Está muy bien. Aguantará al menos hasta Brasil.

Notó la luna y se supo rico. Luego sus ojos descendieron sobre la ciudad.

No la juzgó ni dulce, ni luminosa, ni cálida. Veía ya correr la arena vana de sus luces.

—¿En qué piensas?

Pensaba en la bruma posible del lado de Porto Alegre.

—Tengo mi táctica. Sé por dónde dar la vuelta.

Seguía inclinado. Respiraba profundamente, como antes de lanzarse, desnudo, al mar.

—Ni siquiera estás triste... ¿Por cuántos días te vas?

Ocho, diez días. No lo sabía. Triste, no; ¿por qué? Esas llanuras, esas ciudades, esas montañas... Partía libre, le parecía, a su conquista. Pensaba también que antes de una hora poseería y rechazaría Buenos Aires.

Sonrió:

—Esta ciudad... estaré tan rápido lejos de ella. Es hermoso partir de noche. Tiras de la palanca de gases, cara al Sur, y diez segundos más tarde inviertes el paisaje, cara al Norte. La ciudad no es más que un fondo de mar.

Ella pensaba en todo lo que hay que rechazar para conquistar.

—¿No te gusta tu casa?

—Me gusta mi casa...

Pero ya su mujer lo sabía en marcha. Esos anchos hombros pesaban ya contra el cielo.

Ella se lo mostró.

—Tienes buen tiempo, tu ruta está pavimentada de estrellas.

Él rio:

—Sí.

Ella posó la mano sobre ese hombro y se conmovió al sentirlo tibio: ¿esa carne estaba pues amenazada?...

—¡Eres muy fuerte, pero sé prudente!

—Prudente, claro...

Rio de nuevo.

Se vestía. Para esta fiesta, elegía las telas más rudas, los cueros más pesados, se vestía como un campesino. Cuanto más pesado se volvía, más ella lo admiraba. Ella misma abrochaba ese cinturón, tiraba de esas botas.

—Estas botas me molestan.

—Ahí están las otras.

—Búscame un cordón para mi lámpara de emergencia.

Ella lo miraba. Reparaba ella misma el último defecto en la armadura: todo se ajustaba bien.

—Estás muy guapo.

Lo vio que se peinaba cuidadosamente.

—¿Es por las estrellas?

—Es para no sentirme viejo.

—Estoy celosa...

Rio de nuevo, y la besó, y la apretó contra sus pesadas ropas. Luego la levantó con los brazos extendidos, como se levanta a una niña pequeña, y, riendo siempre, la acostó:

—¡Duerme!

Y cerrando la puerta tras él, dio en la calle, en medio del incognoscible pueblo nocturno, el primer paso de su conquista.

Ella se quedó allí. Miraba, triste, esas flores, esos libros, esa dulzura, que no eran para él más que un fondo de mar.

## XI

Rivière lo recibe:

—Me ha hecho una jugarreta, en su último correo. Dio media vuelta cuando los partes meteorológicos eran buenos: podía pasar. ¿Tuvo miedo?

El piloto sorprendido se calla. Frota una contra otra, lentamente, sus manos. Luego levanta la cabeza, y mira a Rivière bien de frente:

—Sí.

Rivière tiene piedad, en el fondo de sí mismo, de este muchacho tan valiente que ha tenido miedo. El piloto intenta excusarse.

—No veía nada. Claro, más lejos... quizá... la T.S.F. decía... Pero mi luz de a bordo flaqueó, y ya no veía mis manos. Quise encender mi luz de posición para al menos ver el ala: no vi nada. Me sentía en el fondo de un gran agujero del que era difícil remontar. Entonces mi motor se puso a vibrar.

—No.

—¿No?

—No. Lo hemos examinado después. Está perfecto. Pero uno siempre cree que un motor vibra cuando tiene miedo.

—¡Quién no habría tenido miedo! Las montañas me dominaban. Cuando quise tomar altitud, encontré fuertes remolinos. Sabe usted, cuando no se ve nada... los remolinos... En lugar de subir perdí cien metros. No veía siquiera el giroscopio, ni siquiera los manómetros.

Me parecía que mi motor bajaba de régimen, que se calentaba, que la presión de aceite caía... Todo eso en la sombra, como una enfermedad. Estuve bien contento de volver a ver una ciudad iluminada.

—Tiene demasiada imaginación. Váyase.

Y el piloto sale.

Rivière se hunde en su sillón y pasa la mano por sus cabellos grises.

«Es el más valiente de mis hombres. Lo que consiguió esa noche es muy hermoso, pero yo lo salvo del miedo...».

Luego, como una tentación de debilidad le volvía:

«Para hacerse amar, basta con compadecer. Yo no compadezco mucho o lo oculto. Me gustaría sin embargo rodearme de la amistad y de la dulzura humanas. Un médico, en su oficio, las encuentra. Pero son los acontecimientos a los que sirvo. Tengo que forjar a los hombres para que los sirvan. Qué bien la siento esta ley oscura, por la noche, en mi despacho, ante las hojas de ruta. Si me dejo ir, si dejo que los acontecimientos bien reglados sigan su curso, entonces, misteriosos, nacen los incidentes. Como si mi voluntad sola impidiera al avión romperse en vuelo, o a la tormenta retrasar al correo en marcha. A veces, me sorprende mi poder».

Reflexiona aún:

«Quizá esté claro. Así la lucha perpetua del jardinero sobre su césped. El peso de su simple mano reprime en la tierra, que la prepara eternamente, la selva primitiva».

Piensa en el piloto:

«Yo lo salvo del miedo. No es a él a quien atacaba, es, a través de él, esa resistencia que paraliza a los hombres ante lo desconocido. Si lo escucho, si lo compadezco, si tomo en serio su aventura, creeré regresar de un país de misterio, y es solo del misterio de lo que se tiene miedo. Es necesario que hombres hayan descendido a ese

pozo sombrío, y remonten, y digan que no han encontrado nada. Es necesario que este hombre descienda al corazón más íntimo de la noche, en su espesor, y sin siquiera esa pequeña lámpara de minero, que no ilumina más que las manos o el ala, pero aparta a una anchura de hombros lo desconocido».

Sin embargo, en esta lucha, una silenciosa fraternidad unía, en el fondo de sí mismos, a Rivière y sus pilotos. Eran hombres del mismo bando, que experimentaban el mismo deseo de vencer. Pero Rivière recuerda las otras batallas que ha librado por la conquista de la noche.

Se temía, en los círculos oficiales, como una maleza inexplorada, ese territorio sombrío. Lanzar una tripulación, a doscientos kilómetros por hora, hacia las tormentas y las brumas y los obstáculos materiales que la noche contiene sin mostrarlos, les parecía una aventura tolerable para la aviación militar: se abandona un terreno por noche clara, se bombardea, se regresa al mismo terreno. Pero los servicios regulares fracasarían de noche. «Es para nosotros —había replicado Rivière—, una cuestión de vida o muerte, puesto que perdemos, cada noche, la ventaja ganada, durante el día, sobre los ferrocarriles y los navíos».

Rivière había escuchado, con fastidio, hablar de balances, de seguros, y sobre todo de opinión pública: «La opinión pública... —replicaba él—, ¡se la gobierna!». Pensaba: «¡Cuánto tiempo perdido! Hay algo... algo que prima sobre todo eso. Lo que está vivo lo arrolla todo para vivir y crea, para vivir, sus propias leyes. Es irresistible». Rivière no sabía cuándo ni cómo la aviación comercial abordaría los vuelos de noche, pero había que preparar esa solución inevitable.

Recuerda los tapetes verdes, ante los cuales, con el mentón en el puño, había escuchado, con un extraño sentimiento de fuerza, tantas objeciones. Le parecían vanas, condenadas de antemano por la vida. Y sentía su propia fuerza recogida en él como un peso: «Mis razones pesan, venceré —pensaba Rivière—. Es la pendiente natural de los acontecimientos». Cuando le reclamaban soluciones perfectas, que descartaran todos los riesgos: «Es la experiencia la

que despejará las leyes —respondía él—, el conocimiento de las leyes no precede jamás a la experiencia».

Tras un largo año de lucha, Rivière se había impuesto. Unos decían: «a causa de su fe», otros: «a causa de su tenacidad, de su potencia de oso en marcha», pero, según él, más simplemente, porque pesaba en la buena dirección.

¡Pero cuántas precauciones al principio! Los aviones no partían más que una hora antes del día, no aterrizaban más que una hora después de la puesta de sol. Cuando Rivière se juzgó más seguro de su experiencia, solo entonces se atrevió a empujar los correos a las profundidades de la noche. Apenas seguido, casi desautorizado, libraba ahora una lucha solitaria.

Rivière toca el timbre para conocer los últimos mensajes de los aviones en vuelo.

## XII

Sin embargo, el correo de Patagonia abordaba la tormenta, y Fabien renunciaba a rodearla. La estimaba demasiado extensa, pues la línea de relámpagos se hundía hacia el interior del país y revelaba fortalezas de nubes. Intentaría pasar por debajo, y, si el asunto se presentaba mal, se resolvería a dar media vuelta.

Leyó su altitud: mil setecientos metros. Pesó con las palmas de las manos sobre los mandos para comenzar a reducirla. El motor vibró muy fuerte y el avión tembló. Fabien, corrigió, a ojo, el ángulo de descenso, luego, en el mapa, verificó la altura de las colinas: quinientos metros. Para conservar un margen, navegaría hacia los setecientos.

Sacrificaba su altitud como quien se juega una fortuna.

Un remolino hizo que el avión se hundiera, que tembló más fuerte. Fabien se sintió amenazado por invisibles desprendimientos. Soñó que daba media vuelta y reencontraba cien mil estrellas, pero no viró ni un grado.

Fabien calculaba sus oportunidades: se trataba de una tormenta local, probablemente, puesto que Trelew, la próxima escala, señalaba un cielo tres cuartos cubierto. Se trataba de vivir veinte minutos apenas en ese hormigón negro. Y sin embargo el piloto se inquietaba. Inclinado a la izquierda contra la masa del viento, intentaba interpretar los resplandores confusos que, en las noches más espesas, circulan todavía. Pero ya ni siquiera eran resplandores.

Apenas cambios de densidad, en el espesor de las sombras, o una fatiga de los ojos.

Desplegó un papel del radio:

«¿Dónde estamos?».

Fabien habría dado mucho por saberlo. Respondió: «No lo sé. Atravesamos, a la brújula, una tormenta».

Se inclinó de nuevo. Le molestaba la llama del escape, enganchada al motor como un ramo de fuego, tan pálida que la claridad de la luna la habría apagado, pero que, en esa nada, absorbía el mundo visible. La miró. Estaba trenzada tupida por el viento, como la llama de una antorcha.

Cada treinta segundos, para verificar el giroscopio y la brújula, Fabien hundía su cabeza en la cabina. Ya no se atrevía a encender las débiles lámparas rojas, que lo deslumbraban por largo tiempo, pero todos los instrumentos con cifras de radio vertían una claridad pálida de astros. Allí, en medio de agujas y cifras, el piloto experimentaba una seguridad engañosa: la de la cabina del navío sobre la que pasa la ola. La noche, y todo lo que llevaba de rocas, de restos de naufragio, de colinas, corría también contra el avión con la misma asombrosa fatalidad.

«¿Dónde estamos?», le repetía el operador.

Fabien emergía de nuevo, y retomaba, apoyado a la izquierda, su terrible vigilia. Ya no sabía cuánto tiempo, cuántos esfuerzos lo liberarían de sus sombríos lazos. Dudaba casi de ser liberado jamás, pues se jugaba la vida en ese pequeño papel, sucio y arrugado, que había desplegado y leído mil veces, para bien nutrir su esperanza: «Trelew: cielo tres cuartos cubierto, viento Oeste flojo». Si Trelew estaba tres cuartos cubierto, se percibirían sus luces en el desgarramiento de las nubes. A menos que...

La pálida claridad prometida más lejos lo comprometía a proseguir; sin embargo, como dudaba, garabateó para el radio:

«Ignoro si podré pasar. Dígame si sigue haciendo bueno tiempo atrás».

La respuesta lo consternó:

«Comodoro señala: Regreso aquí imposible. Tempestad».

Comenzaba a adivinar la ofensiva insólita que, desde la Cordillera de los Andes, se abatía hacia el mar. Antes de que hubiera podido alcanzarlas, el ciclón arrasaría las ciudades.

—Pregunte el tiempo de San Antonio.

—San Antonio ha respondido: viento Oeste se levanta y tempestad al Oeste. Cielo cuatro cuartos cubierto. San Antonio oye muy mal a causa de los parásitos. Oigo mal también. Creo que estaré obligado a recoger pronto la antena a causa de las descargas. ¿Daré media vuelta? ¿Cuáles son sus proyectos?

—Déjeme en paz. Pregunte el tiempo de Bahía Blanca.

«Bahía Blanca ha respondido: prevemos antes de veinte minutos violenta tormenta Oeste sobre Bahía Blanca».

—Pregunte el tiempo de Trelew.

«Trelew ha respondido: huracán treinta metros segundo Oeste y ráfagas de lluvia».

—Comunique a Buenos Aires: Estamos bloqueados por todos lados, tempestad se desarrolla sobre mil kilómetros, no vemos nada. ¿Qué debemos hacer?

Para el piloto, esta noche era sin orillas puesto que no conducía ni hacia un puerto (parecían todos inaccesibles), ni hacia el alba: la gasolina faltaría en una hora cuarenta. Puesto que se estaría obligado, tarde o temprano, a hundirse a ciegas, en ese espesor.

Si hubiera podido ganar el día...

Fabien pensaba en el alba como en una playa de arena dorada donde se habría encallado tras esa noche dura. Bajo el avión amenazado habría nacido la orilla de las llanuras. La tierra tranquila

habría portado sus granjas dormidas y sus rebaños y sus colinas. Todos los restos de naufragio que rodaban en la sombra se habrían vuelto inofensivos. ¡Si pudiera, cómo nadaría hacia el día!

Pensó que estaba cercado. Todo se resolvería, bien o mal, en ese espesor.

Es verdad. Ha creído a veces, cuando subía el día, entrar en convalecencia.

Pero de qué servía fijar los ojos en el Este, donde vivía el sol: había entre ellos una tal profundidad de noche que no se la remontaría.

## XIII

—El correo de Asunción marcha bien. Lo tendremos hacia las dos. Prevedemos por el contrario un retraso importante del correo de Patagonia que parece en dificultades.

—Bien, señor Rivière.

—Es posible que no lo esperemos para hacer despegar el avión de Europa: desde la llegada de Asunción, nos pedirán instrucciones. Manténgase listo.

Rivière releía ahora los telegramas de protección de las escalas Norte. Abrían al correo de Europa una ruta de luna: «Cielo puro, luna llena, viento nulo». Las montañas de Brasil, bien recortadas sobre la radiación del cielo, hundían recto, en los remolinos de plata del mar, su cabellera apretada de bosques negros. Esos bosques sobre los que llueven, incansablemente, sin colorearlos, los rayos de luna. Y negras también como restos de naufragio, en el mar, las islas. Y esa luna, sobre toda la ruta, inagotable: una fuente de luz.

Si Rivière ordenaba la partida, la tripulación del correo de Europa entraría en un mundo estable que, durante toda la noche, lucía suavemente. Un mundo donde nada amenazaba el equilibrio de las masas de sombras y de luz. Donde no se infiltraba ni siquiera la caricia de esos vientos puros, que, si refrescan, pueden estropear en algunas horas un cielo entero.

Pero Rivière dudaba, frente a esa radiación, como un buscador de oro frente a campos de oro prohibidos. Los acontecimientos, en el

Sur, quitaban la razón a Rivière, único defensor de los vuelos de noche. Sus adversarios sacarían de un desastre en Patagonia una posición moral tan fuerte, que quizá la fe de Rivière permanecería desde ahora impotente; pues la fe de Rivière no estaba quebrantada: una fisura en su obra había permitido el drama, pero el drama mostraba la fisura, no probaba nada más. «Quizá sean necesarios puestos de observación al Oeste... Ya veremos eso». Pensaba aún: «Tengo las mismas razones sólidas para insistir, y una causa menos de accidente posible: la que se ha mostrado». Los fracasos fortalecen a los fuertes. Desgraciadamente, contra los hombres se juega un juego, donde cuenta tan poco el verdadero sentido de las cosas. Se gana o se pierde por las apariencias, se marcan puntos miserables. Y uno se encuentra atado por una apariencia de derrota.

Rivière tocó el timbre.

—¿Bahía Blanca sigue sin comunicarnos nada por T.S.F.?

—No.

—Llámeme a la escala por teléfono.

Cinco minutos más tarde, se informaba:

—¿Por qué no nos pasan nada?

—No oímos al correo.

—¿Está callado?

—No lo sabemos. Demasiadas tormentas. Incluso si manipulara no oiríamos.

—¿Oye Trelew?

—No oímos a Trelew.

—Telefonee.

—Lo hemos intentado: la línea está cortada.

—¿Qué tiempo tienen ustedes?

—Amenazante. Relámpagos al Oeste y al Sur. Muy pesado.

—¿Viento?

—Flojo todavía, pero por diez minutos. Los relámpagos se acercan rápido.

Un silencio.

—¿Bahía Blanca? ¿Está escuchando? Bien. Vuelva a llamarnos en diez minutos.

Y Rivière hojeó los telegramas de las escalas Sur. Todas señalaban el mismo silencio del avión. Algunas ya no respondían a Buenos Aires, y, sobre el mapa, se agrandaba la mancha de las provincias mudas, donde las pequeñas ciudades sufrían ya el ciclón, todas las puertas cerradas, y cada casa de sus calles sin luz tan atrincherada del mundo y perdida en la noche como un navío. Solo el alba las liberaría.

Sin embargo Rivière, inclinado sobre el mapa, conservaba todavía la esperanza de descubrir un refugio de cielo puro, pues había preguntado, por telegramas, el estado del cielo a la policía de más de treinta ciudades de provincia, y las respuestas comenzaban a llegarle. En dos mil kilómetros, los puestos de radio tenían orden, si uno de ellos captaba una llamada del avión, de avisar en los treinta segundos a Buenos Aires, que le comunicaría, para hacérsela transmitir a Fabien, la posición del refugio.

Los secretarios, convocados para la una de la mañana, habían regresado a sus despachos. Se enteraban allí, misteriosamente, de que, quizá, se suspenderían los vuelos de noche, y que el propio correo de Europa ya no despegaría hasta el día. Hablaban en voz baja de Fabien, del ciclón, de Rivière sobre todo. Lo adivinaban allí, muy cerca, aplastado poco a poco por ese desmentido natural.

Pero todas las voces se extinguieron: Rivière, en su puerta, acababa de aparecer, apretado en su abrigo, el sombrero siempre sobre los ojos, eterno viajero. Dio un paso tranquilo hacia el jefe de oficina:

—Es la una y diez, ¿están en regla los papeles del correo de Europa?

—Yo... yo he creído...

—Usted no tiene que creer, sino ejecutar.

Dio media vuelta, lentamente, hacia una ventana abierta, las manos cruzadas detrás de la espalda.

Un secretario se le unió:

—Señor Director, obtendremos pocas respuestas. Nos señalan que en el interior, muchas líneas telegráficas ya están destruidas...

—Bien.

Rivière, inmóvil, miraba la noche.

Así cada mensaje amenazaba al correo. Cada ciudad, cuando podía responder, antes de la destrucción de las líneas, señalaba la marcha del ciclón, como la de una invasión. «Viene del interior, de la Cordillera. Barre toda la ruta, hacia el mar...».

Rivière juzgaba las estrellas demasiado brillantes, el aire demasiado húmedo. ¡Qué noche extraña! Se echaba a perder bruscamente por placas, como la carne de una fruta luminosa. Las estrellas al completo dominaban todavía Buenos Aires, but esto no era más que un oasis, y de un instante. Un puerto, por otra parte, fuera del radio de acción de la tripulación. Noche amenazante que un viento malo tocaba y pudría. Noche difícil de vencer.

Un avión, en alguna parte, estaba en peligro en sus profundidades: uno se agitaba, impotente, en la orilla.

## XIV

La mujer de Fabien telefoneó.

La noche de cada regreso calculaba la marcha del correo de Patagonia: «Despega de Trelew...». Luego volvía a dormirse. Un poco más tarde: «Debe de estar acercándose a San Antonio, debe de ver sus luces...». Entonces se levantaba, apartaba las cortinas, y juzgaba el cielo: «Todas estas nubes lo molestan...». A veces la luna se paseaba como un pastor. Entonces la joven mujer volvía a acostarse, tranquilizada por esa luna y esas estrellas, esas miles de presencias alrededor de su marido. Hacia la una, lo sentía próximo: «No debe de estar ya muy lejos, debe de ver Buenos Aires...». Entonces, se levantaba de nuevo, y le preparaba una comida, un café bien caliente: «Hace tanto frío, allá arriba...». Lo recibía siempre, como si descendiera de una cumbre nevada: «¿No tienes frío? —¡Pero no! —Calientate de todas formas...». Hacia la una y cuarto todo estaba listo. Entonces telefoneaba.

Esta noche, como las otras, se informó:

—¿Ha aterrizado Fabien?

El secretario que la escuchaba se turbó un poco:

—¿Quién habla?

—Simone Fabien.

—¡Ah! Un minuto...

El secretario, no atreviéndose a decir nada, pasó el auricular al jefe de oficina.

—¿Quién está ahí?

—Simone Fabien.

—¡Ah!... ¿Qué desea, señora?

—¿Ha aterrizado mi marido?

Hubo un silencio que debió de parecer inexplicable, luego se respondió simplemente:

—No.

—¿Tiene retraso?

—Sí...

Hubo un nuevo silencio.

—Sí... retraso.

—¡Ah!...

Era un «¡Ah!» de carne herida. Un retraso no es nada... no es nada... pero cuando se prolonga...

—¡Ah!... ¿Y a qué hora estará aquí?

—¿A qué hora estará aquí? Nosotros... Nosotros no lo sabemos.

Chocaba ahora contra un muro. No obtenía más que el eco mismo de sus preguntas.

—¡Le ruego que me responda! ¿Dónde se encuentra?...

Esa inercia le hacía daño. Pasaba algo, allí, detrás de ese muro.

Se decidieron:

—Ha despegado de Comodoro a las diecinueve treinta.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces... Muy retrasado... Muy retrasado por el mal tiempo...

—¡Ah! El mal tiempo...

¡Qué injusticia, qué bellaquería en esa luna extendida allí, ociosa, sobre Buenos Aires! La joven mujer recordó de súbito que hacían falta dos horas apenas para ir de Comodoro a Trelew.

—¡Y vuela desde hace seis horas hacia Trelew! ¡Pero les envía mensajes! ¿Pero qué dice?...

—¿Qué nos dice? Naturalmente con un tiempo así... comprende usted bien... sus mensajes no se oyen.

—¡Un tiempo así!

—Entonces, quedamos en eso, señora, la telefonaremos en cuanto sepamos algo.

—Ah! No saben nada...

—Adiós, señora...

—¡No! ¡No! ¡Quiero hablar con el Director!

—El señor Director está muy ocupado, señora, está en conferencia...

—¡Ah! ¡Me da igual! ¡Me da igual! ¡Quiero hablar con él!

El jefe de oficina se enjugó el sudor:

—Un minuto...

Empujó la puerta de Rivière:

—Es la señora Fabien que quiere hablar con usted.

«Ya está —pensó Rivière—, ya está lo que temía». Los elementos afectivos del drama comenzaban a mostrarse. Pensó primero en recusarlos: las madres y las mujeres no entran en las salas de operaciones. Se hace callar la emoción también en los navíos en peligro. No ayuda a salvar a los hombres. Aceptó sin embargo:

—Pásemela a mi despacho.

Escuchó esa vocecita lejana, temblorosa, y en seguida supo que no podría responderle. Sería estéril, infinitamente, para los dos, enfrentarse.

—¡Señora, le ruego que se calme! Es tan frecuente, en nuestro oficio, esperar largo tiempo noticias.

Había alcanzado esa frontera donde se plantea, no el problema de una pequeña angustia particular, sino el de la acción misma. Frente a Rivière se erguía, no la mujer de Fabien, sino otro sentido de la vida. Rivière no podía más que escuchar, que compadecer esa vocecita, ese canto tan triste, pero enemigo. Pues ni la acción, ni la felicidad individual admiten ser compartidas: están en conflicto. Esta mujer hablaba también ella en nombre de un mundo absoluto y de sus deberes y de sus derechos. El de una claridad de lámpara sobre la mesa del atardecer, de una carne que reclamaba su carne, de una patria de esperanzas, de ternuras, de recuerdos. Exigía su bien y tenía razón. Y él también, Rivière, tenía razón, pero no podía oponer nada a la verdad de esta mujer. Descubría su propia verdad, a la luz de una humilde lámpara doméstica, inexpressible e inhumana.

—Señora...

Ella ya no escuchaba. Había vuelto a caer, casi a sus pies, le parecía, habiendo gastado sus débiles puños contra el muro.

Un ingeniero le había dicho un día a Rivière, mientras se inclinaban sobre un herido, junto a un puente en construcción: «¿Vale este puente el precio de un rostro aplastado?». Ni uno solo de los campesinos, a quienes esta ruta era abierta, habría aceptado, para ahorrarse un rodeo por el puente siguiente, mutilar ese rostro espantoso. Y sin embargo se construyen puentes. El ingeniero había añadido: «El interés general está formado por los intereses particulares: no justifica nada más». —«Y, sin embargo —le había respondido más tarde Rivière—, si la vida humana no tiene precio, actuamos siempre como si algo sobrepasara, en valor, la vida humana... ¿Pero qué?».

Y Rivière, pensando en la tripulación, sintió un nudo en el corazón. La acción, incluso la de construir un puente, rompe felicidades; Rivière ya no podía no preguntarse: «¿En nombre de qué?».

«Esos hombres —pensaba—, que quizá vayan a desaparecer, habrían podido vivir felices». Veía rostros inclinados en el santuario de oro de las lámparas del atardecer. «¿En nombre de qué los he sacado de ahí?». ¿En nombre de qué los ha arrancado a la felicidad individual? ¿No es la primera ley proteger esas felicidades? Pero él mismo las rompe. Y sin embargo un día, fatalmente, se desvanecen, como espejismos, los santuarios de oro. La vejez y la muerte los destruyen, más despiadadas que él mismo. Existe quizá alguna otra cosa que salvar y más duradera; quizá sea a salvar esa parte del hombre a lo que Rivière se dedica. Si no, la acción no se justifica.

«¡Amar, amar solamente, qué callejón sin salida!». Rivière tuvo el oscuro sentimiento de un deber más grande que el de amar. O bien se trataba también de una ternura, pero tan diferente de las otras. Una frase le volvió: «Se trata de hacerlos eternos...». ¿Dónde había leído eso? «Lo que persigues en ti mismo muere». Volvió a ver un templo al dios del sol de los antiguos Incas de Perú. Esas piedras rectas sobre la montaña. ¿Qué quedaría, sin ellas, de una civilización poderosa, que pesaba, con el peso de sus piedras, sobre el hombre de hoy, como un remordimiento? «¿En nombre de qué dureza, o de qué extraño amor, el conductor de pueblos de antaño, obligando a sus multitudes a arrastrar ese templo sobre la montaña, les impuso pues levantar su eternidad?». Rivière volvió a ver aún en sueños las multitudes de las pequeñas ciudades, que giran por la noche alrededor de su quiosco de música: «Esa suerte de felicidad, ese arnés...», pensó. El conductor de pueblos de antaño, si no tuvo quizá piedad del sufrimiento del hombre, tuvo piedad, inmensamente, de su muerte. No de su muerte individual, sino piedad de la especie que borrarán el mar de arena. Y conducía a su pueblo a levantar al menos piedras, que no sepultaría el desierto.

## XV

Ese papel doblado en cuatro lo salvaría quizá: Fabien lo desplegab, con los dientes apretados.

«Imposible entenderse con Buenos Aires. Ya no puedo ni manipular, recibo chispas en los dedos».

Fabien, irritado, quiso responder, pero cuando sus manos soltaron los mandos para escribir, una especie de oleaje potente penetró su cuerpo: los remolinos lo levantaban, en sus cinco toneladas de metal, y lo basculaban. Renunció a ello.

Sus manos, de nuevo, se cerraron sobre el oleaje, y lo redujeron.

Fabien respiró fuertemente. Si el radio recogía la antena por miedo a la tormenta, Fabien le partiría la cara al llegar. Había que, a toda costa, entrar en contacto con Buenos Aires, como si, a más de mil quinientos kilómetros, se les pudiera lanzar una cuerda en ese abismo. A falta de una temblorosa luz, de una lámpara de posada casi inútil, pero que habría probado la tierra como un faro, le hacía falta al menos una voz, una sola, venida de un mundo que ya no existía. El piloto elevó y balanceó el puño en su luz roja, para hacer comprender al otro, detrás, esa trágica verdad, pero el otro, inclinado sobre el espacio devastado, de ciudades sepultadas, de luces muertas, no la conoció.

Fabien habría seguido todos los consejos, con tal de que se los gritaran. Pensaba: «Y si se me dice que dé vueltas en redondo, doy vueltas en redondo, y si se me dice que marche pleno Sur...».

Existían en alguna parte esas tierras en paz, dulces bajo sus grandes sombras de luna. Esos camaradas, allá lejos, las conocían, instruidos como sabios, inclinados sobre mapas, todopoderosos, al abrigo de lámparas bellas como flores. Qué sabía él, fuera de los remolinos y de la noche que empujaba contra él, a la velocidad de un desprendimiento, su torrente negro. No se podía abandonar a dos hombres entre esas trombas y esas llamas en las nubes. No se podía. Se le ordenaría a Fabien «Rumbo doscientos cuarenta...». Pondría rumbo doscientos cuarenta. Pero estaba solo.

Le pareció que la materia también se rebelaba. El motor, en cada picado, vibraba tan fuerte que toda la masa del avión era presa de un temblor como de cólera. Fabien gastaba sus fuerzas en dominar el avión, la cabeza hundida en la cabina, frente al horizonte giroscópico pues, fuera, ya no distinguía la masa del cielo de la de la tierra, perdido en una sombra donde todo se mezclaba, una sombra del origen de los mundos. Pero las agujas de los indicadores de posición oscilaban cada vez más rápido, se volvían difíciles de seguir. Ya el piloto, a quien engañaban, se debatía mal, perdía su altitud, se enfangaba poco a poco en esa sombra. Leyó su altura «quinientos metros». Era el nivel de las colinas. Las sintió rodar hacia él sus olas vertiginosas. Comprendía también que todas las masas del suelo, de las que la menor lo habría aplastado, eran como arrancadas de su soporte, desatornilladas, y comenzaban a girar, ebrias, a su alrededor. Y comenzaban, a su alrededor, una suerte de danza profunda y que lo apretaba cada vez más.

Se hizo a la idea. A riesgo de estrellarse, aterrizaría en cualquier parte. Y, para evitar al menos las colinas, soltó su única bengala. La bengala se inflamó, giró, iluminó una llanura y se extinguió en ella: era el mar.

Pensó muy rápido: «Perdido. Cuarenta grados de corrección, he derivado de todas formas. Es un ciclón. ¿Dónde está la tierra?». Viraba pleno Oeste. Pensó: «Sin bengala ahora, me mato». Esto tenía que pasar un día. Y su camarada, allí, detrás... «Ha recogido la antena, seguro». Pero el piloto ya no le guardaba rencor. Si él mismo

abría simplemente las manos, su vida se escaparía en seguida, como un polvo vano. Tenía en sus manos el corazón latiendo de su camarada y el suyo. Y de súbito sus manos lo aterraron.

En esos remolinos como golpes de ariete, para amortiguar las sacudidas del volante, si no habrían serrado los cables de mando, se había aferrado a él, con todas sus fuerzas. Seguía aferrado. Y he aquí que ya no sentía sus manos dormidas por el esfuerzo. Quiso mover los dedos para recibir un mensaje de ellas: no supo si era obedecido. Algo extraño terminaba sus brazos. Unos globos insensibles y blandos. Pensó: «Tengo que imaginarme con fuerza que aprieto...». No supo si el pensamiento alcanzaba sus manos. Y como percibía las sacudidas del volante solo por los dolores de los hombros: «Se me escapará. Mis manos se abrirán...». Pero se aterró de haberse permitido tales palabras, pues creyó sentir sus manos, esta vez, obedecer a la oscura potencia de la imagen, abrirse lentamente, en la sombra, para entregarlo.

Habría podido luchar todavía, tentar su suerte: no hay fatalidad exterior. Pero hay una fatalidad interior: llega un minuto en que uno se descubre vulnerable; entonces las faltas te atraen como un vértigo.

Y fue en ese minuto cuando lucieron sobre su cabeza, en un desgarró de la tempestad, como un cebo mortal en el fondo de una nasa, algunas estrellas.

Juzgó bien que era una trampa: se ven tres estrellas en un agujero, se sube hacia ellas, luego ya no se puede descender, uno se queda allí mordiendo las estrellas...

Pero su hambre de luz era tal que subió.

## XVI

Subió, corrigiendo mejor los remolinos, gracias a las referencias que ofrecían las estrellas. Su imán pálido lo atraía. Había penado tanto tiempo, en persecución de una luz, que ya no habría soltado la más confusa. Rico con un resplandor de posada, habría girado hasta la muerte, alrededor de esa señal de la que tenía hambre. Y he aquí que subía hacia campos de luz.

Se elevaba poco a poco, en espiral, en el pozo que se había abierto, y se cerraba por debajo de él. Y las nubes perdían, a medida que subía, su lodo de sombra, pasaban contra él, como olas cada vez más puras y blancas. Fabien emergió.

Su sorpresa fue extrema: la claridad era tal que lo deslumbraba. Tuvo, algunos segundos, que cerrar los ojos. Nunca habría creído que las nubes, de noche, pudieran deslumbrar. Pero la luna llena y todas las constelaciones las cambiaban en olas radiantes.

El avión había ganado de un solo golpe, en el segundo mismo en que emergía, una calma que parecía extraordinaria. Ni un oleaje lo inclinaba. Como una barca que pasa el dique, entraba en las aguas reservadas. Estaba atrapado en una parte de cielo desconocida y escondida como la bahía de las islas afortunadas. La tempestad, por debajo de él, formaba otro mundo de tres mil metros de espesor, recorrido por ráfagas, trombas de agua, relámpagos, pero volvía hacia los astros una cara de cristal y nieve.

Fabien pensaba haber ganado un limbo extraño, pues todo se volvía luminoso, sus manos, sus ropas, sus alas. Pues la luz no

descendía de los astros, sino que se desprendía, por debajo de él, alrededor de él, de esas provisiones blancas.

Esas nubes, por debajo de él, devolvían toda la nieve que recibían de la luna. Las de la derecha y la izquierda también, altas como torres. Circulaba una leche de luz en la que se bañaba la tripulación. Fabien, volviéndose, vio que el radio sonreía.

—¡Va mejor! —gritaba.

Pero la voz se perdía en el ruido del vuelo, solo se comunicaban las sonrisas. «Estoy completamente loco —pensaba Fabien—, de sonreír: estamos perdidos».

Sin embargo, mil brazos oscuros lo habían soltado. Habían desatado sus lazos, como los de un prisionero al que se deja caminar solo, un tiempo, entre las flores.

«Demasiado hermoso», pensaba Fabien. Erraba entre estrellas acumuladas con la densidad de un tesoro, en un mundo donde nada más, absolutamente nada más que él, Fabien, y su camarada, estaba vivo. Parecidos a esos ladrones de las ciudades fabulosas, emparedados en la cámara del tesoro de la que ya no sabrán salir. Entre pedrerías heladas, yerran, infinitamente ricos, pero condenados.

## XVII

Uno de los radiotelegrafistas de Comodoro Rivadavia, escala de Patagonia, hizo un gesto brusco, y todos los que velaban, impotentes, en el puesto, se agruparon alrededor de ese hombre, y se inclinaron.

Se inclinaban sobre un papel virgen y duramente iluminado. La mano del operador dudaba todavía, y el lápiz se balanceaba. La mano del operador tenía todavía las letras prisioneras, pero ya los dedos temblaban.

—¿Tormentas?

El radio hizo «sí» con la cabeza. Su crepitación le impedía comprender.

Luego anotó algunos signos indescifrables. Luego palabras. Luego se pudo restablecer el texto:

«Bloqueados a tres mil ochocientos por encima de la tempestad. Navegamos pleno Oeste hacia el interior, pues habíamos derivado al mar. Por debajo de nosotros todo está cubierto. Ignoramos si sobrevolamos todavía el mar. Comuniquen si tempestad se extiende al interior».

Se tuvo que, a causa de las tormentas, para transmitir este telegrama a Buenos Aires, hacer la cadena de puesto en puesto. El mensaje avanzaba en la noche, como un fuego que se enciende de torre en torre.

Buenos Aires hizo responder:

—Tempestad general en el interior. ¿Cuánta gasolina les queda?

—Media hora.

Y esta frase, de vigilante en vigilante, remontó hasta Buenos Aires.

La tripulación estaba condenada a hundirse, antes de treinta minutos, en un ciclón que lo arrastraría hasta el suelo.

## XVIII

Y Rivière medita. Ya no conserva esperanza: esa tripulación zozobrará en alguna parte en la noche.

Rivière recuerda una visión que había golpeado su infancia: se vaciaba un estanque para encontrar un cuerpo. No se encontrará nada tampoco, antes de que esta masa de sombra se haya escurrido de sobre la tierra, antes de que remonten al día esas arenas, esas llanuras, esos trigos. Simples campesinos descubrirán quizá a dos niños con el codo doblado sobre el rostro, y pareciendo dormir, varados sobre la hierba y el oro de un fondo apacible. Pero la noche los habrá ahogado.

Rivière piensa en los tesoros sepultados en las profundidades de la noche como en los mares fabulosos... Esos manzanos de noche que esperan el día con todas sus flores, flores que no sirven todavía. La noche es rica, llena de perfumes, de corderos dormidos y de flores que no tienen todavía colores.

Poco a poco subirán hacia el día los surcos fértiles, los bosques mojados, las alfalfas frescas. Pero entre colinas, ahora inofensivas, y las praderas, y los corderos, en la sabiduría del mundo, dos niños parecerán dormir. Y algo habrá fluido del mundo visible al otro.

Rivière conoce a la mujer de Fabien inquieta y tierna: ese amor apenas le fue prestado, como un juguete a un niño pobre.

Rivière piensa en la mano de Fabien, que tiene por algunos minutos todavía su destino en los mandos. Esa mano que ha

acariciado. Esa mano que se ha posado sobre un pecho y ha levantado en él el tumulto, como una mano divina. Esa mano que se ha posado sobre un rostro, y que ha cambiado ese rostro. Esa mano que era milagrosa.

Fabien yerra sobre el esplendor de un mar de nubes, la noche, pero, más abajo, está la eternidad. Está perdido entre constelaciones que habita solo. Tiene todavía el mundo en las manos y contra su pecho lo mece. Aprieta en su volante el peso de la riqueza humana, y pasea, desesperado, de una estrella a otra, el inútil tesoro, que habrá que devolver...

Rivière piensa que un puesto de radio lo escucha todavía. Solo una todavía a Fabien al mundo una onda musical, una modulación menor. Ni una queja. Ni un grito. Sino el sonido más puro que jamás haya formado la desesperación.

## XIX

Robineau lo sacó de su soledad:

—Señor Director, he pensado... se podría quizá intentar...

No tenía nada que proponer, pero testimoniaba así su buena voluntad. Habría deseado tanto encontrar una solución, y la buscaba un poco como la de un acertijo. Encontraba siempre soluciones que Rivière no escuchaba jamás: «Mire usted, Robineau, en la vida no hay soluciones. Hay fuerzas en marcha: hay que crearlas y las soluciones siguen». Así que Robineau limitaba su papel a crear una fuerza en marcha en el gremio de los mecánicos. Una humilde fuerza en marcha, que preservaba del óxido los cubos de hélice.

Pero los acontecimientos de esta noche encontraban a Robineau desarmado. Su título de inspector no tenía ningún poder sobre las tormentas, ni sobre una tripulación fantasma, que verdaderamente ya no se debatía por una prima de exactitud, sino por escapar a una sola sanción, que anulaba las de Robineau, la muerte.

Y Robineau, ahora inútil, erraba en las oficinas, sin empleo.

La mujer de Fabien se hizo anunciar. Empujada por la inquietud, esperaba, en la oficina de los secretarios, a que Rivière la recibiera. Los secretarios, a escondidas, levantaban los ojos hacia su rostro. Ella experimentaba por ello una suerte de vergüenza y miraba con temor a su alrededor: todo aquí la rechazaba. Esos hombres que continuaban su trabajo, como si caminaran sobre un cuerpo, esas carpetas donde la vida humana, el sufrimiento humano no dejaban

más que un residuo de cifras duras. Buscaba señales que le hubieran hablado de Fabien. En su casa todo mostraba esa ausencia: la cama entreabierta, el café servido, un ramo de flores... No descubría ninguna señal. Todo se oponía a la piedad, a la amistad, al recuerdo. La única frase que oyó, pues nadie alzaba la voz delante de ella, fue el juramento de un empleado, que reclamaba un albarán. «...¡El albarán de las dinamos, por Dios! que expedimos a Santos». Levantó los ojos hacia ese hombre, con una expresión de asombro infinito. Luego hacia la pared donde se extendía un mapa. Sus labios temblaban un poco, apenas.

Adivinaba, con incomodidad, que expresaba aquí una verdad enemiga, lamentaba casi haber venido, habría querido esconderse, y se contenía, por miedo a que la notaran demasiado, de toser, de llorar. Se descubría insólita, inconveniente, como desnuda. Pero su verdad era tan fuerte, que las miradas fugitivas subían, a escondidas, incansablemente, a leerla en su rostro. Esta mujer era muy bella. Revelaba a los hombres el mundo sagrado de la felicidad. Revelaba qué materia augusta se toca, sin saberlo, al actuar. Bajo tantas miradas cerró los ojos. Revelaba qué paz, sin saberlo, se puede destruir.

Rivière la recibió.

Venía a abogar tímidamente por sus flores, su café servido, su carne joven. De nuevo, en ese despacho más frío todavía, su débil temblor de labios la invadió. Ella también descubría su propia verdad, en ese otro mundo, inexpressable. Todo lo que se alzaba en ella de amor casi salvaje, tan ferviente era, de abnegación, le parecía tomar aquí un rostro importuno, egoísta. Habría querido huir:

—Lo molesto...

—Señora —le dijo Rivière—, no me molesta. Desgraciadamente, señora, usted y yo no podemos hacer nada mejor que esperar.

Ella tuvo un débil encogimiento de hombros, cuyo sentido Rivière comprendió: «De qué sirve esta lámpara, esta cena servida, estas

flores que voy a reencontrar...». Una joven madre había confesado un día a Rivière: «La muerte de mi hijo, todavía no la he comprendido. Son las pequeñas cosas las que son duras, sus ropas que encuentro, y, si me despierto por la noche, esa ternura que me sube igualmente al corazón, desde ahora inútil, como mi leche...». Para esta mujer también la muerte de Fabien comenzaría mañana apenas, en cada acto desde ahora vano, en cada objeto. Fabien abandonaría lentamente su casa. Rivière callaba una piedad profunda.

—Señora...

La joven mujer se retiraba, con una sonrisa casi humilde, ignorando su propia potencia.

Rivière se sentó, un poco pesado.

«Pero ella me ayuda a descubrir lo que buscaba...».

Tamborileaba distraidamente sobre los telegramas de protección de las escalas Norte. Pensaba.

«No pedimos ser eternos, sino no ver los actos y las cosas de súbito perder su sentido. El vacío que nos rodea se muestra entonces...».

Sus miradas cayeron sobre los telegramas:

«Y he aquí por dónde, entre nosotros, se introduce la muerte: esos mensajes que ya no tienen sentido...».

Miró a Robineau. Ese muchacho mediocre, ahora inútil, ya no tenía sentido. Rivière le dijo casi duramente:

—¿Tengo que darle yo mismo trabajo?

Luego Rivière empujó la puerta que daba a la sala de los secretarios, y la desaparición de Fabien lo golpeó, evidente, en señales que la Sra. Fabien no había sabido ver. La ficha del R.B. 903, el avión de Fabien, figuraba ya, en el tablero mural, en la columna del material no disponible. Los secretarios que preparaban los papeles del correo de Europa, sabiendo que sería retrasado,

trabajaban mal. Desde el campo pedían por teléfono instrucciones para los equipos que, ahora, velaban sin objetivo. Las funciones de vida estaban ralentizadas. «¡La muerte, hela aquí!», pensó Rivière. Su obra era semejante a un velero en calma chica, sin viento, sobre el mar.

Oyó la voz de Robineau:

—Señor Director... estaban casados desde hacía seis semanas...

—Vaya a trabajar.

Rivière miró siempre a los secretarios, y más allá de los secretarios, a los operarios, los mecánicos, los pilotos, todos los que lo habían ayudado en su obra, con una fe de constructores. Pensó en las pequeñas ciudades de antaño que oían hablar de las «Islas» y se construían un navío. Para cargarlo con su esperanza. Para que los hombres pudieran ver su esperanza abrir sus velas sobre el mar. Todos engrandecidos, todos sacados fuera de sí mismos, todos liberados por un navío. «El objetivo quizá no justifica nada, pero la acción libera de la muerte. Esos hombres duraban por su navío».

Y Rivière luchará también contra la muerte, cuando devuelva a los telegramas su pleno sentido, su inquietud a los equipos de vela y a los pilotos su objetivo dramático. Cuando la vida reanime esta obra, como el viento reanima un velero, en el mar.

## XX

Comodoro Rivadavia ya no oye nada, pero a mil kilómetros de allí, veinte minutos más tarde, Bahía Blanca capta un segundo mensaje:

«Descendemos. Entramos en las nubes...».

Luego estas dos palabras de un texto oscuro aparecieron en el puesto de Trelew:

«... no ver nada...».

Las ondas cortas son así. Se las capta allí, pero aquí se permanece sordo. Luego, sin razón, todo cambia. Esta tripulación, cuya posición es desconocida, se manifiesta ya a los vivos, fuera del espacio, fuera del tiempo, y en las hojas blancas de los puestos de radio son ya fantasmas los que escriben.

¿Se ha agotado la gasolina, o el piloto juega, antes de la avería, su última carta: reencontrar el suelo sin estrellarse?

La voz de Buenos Aires ordena a Trelew:

«Pregúnteselo».

El puesto de escucha T.S.F. se parece a un laboratorio: níqueles, cobres y manómetros, red de conductores. Los operadores de vela, en bata blanca, silenciosos, parecen inclinados sobre un simple experimento.

Con sus dedos delicados tocan los instrumentos, exploran el cielo magnético, zahoríes que buscan la vena de oro.

—¿No responde?

—No responde.

Quizá vayan a captar esa nota que sería un signo de vida. Si el avión y sus luces de posición remontan entre las estrellas, quizá vayan a oír cantar a esa estrella...

Los segundos transcurren. Transcurren realmente como sangre. ¿Dura el vuelo todavía? Cada segundo se lleva una oportunidad. Y he aquí que el tiempo que transcurre parece destruir. Como, en veinte siglos, toca un templo, hace su camino en el granito y esparce el templo en polvo, he aquí que siglos de desgaste se acumulan en cada segundo y amenazan a una tripulación.

Cada segundo se lleva algo.

Esa voz de Fabien, esa risa de Fabien, esa sonrisa. El silencio gana terreno. Un silencio cada vez más pesado, que se establece sobre esta tripulación como el peso de un mar.

Entonces alguien nota:

—Una hora cuarenta. Último límite de la gasolina: es imposible que vuelen todavía.

Y la paz se hace.

Algo amargo y soso sube a los labios como al final de los viajes. Algo se ha cumplido de lo que no se sabe nada, algo un poco nauseabundo. Y entre todos esos níqueles y esas arterias de cobre, se siente la misma tristeza que reina en las fábricas arruinadas. Todo ese material parece pesado, inútil, desmantelado: un peso de ramas muertas.

No queda más que esperar al día.

En algunas horas emergerá al día la Argentina entera, y esos hombres permanecen allí, como en una playa, frente a la red que se tira, que se tira lentamente, y de la que no se sabe lo que va a contener.

Rivière, en su despacho, experimenta esa distensión que solo permiten los grandes desastres, cuando la fatalidad libera al hombre. Ha hecho alertar a la policía de toda una provincia. Ya no puede nada, hay que esperar.

Pero el orden debe reinar incluso en la casa de los muertos. Rivière hace una seña a Robineau:

—Telegrama para las escalas Norte: Prevemos retraso importante del correo de Patagonia. Para no retrasar demasiado correo de Europa, bloquearemos correo de Patagonia con el correo de Europa siguiente.

Se dobla un poco hacia adelante. Pero hace un esfuerzo y recuerda algo, era grave. ¡Ah! Sí. Y para no olvidarlo:

—Robineau.

—¿Señor Rivière?

—Redactará usted una nota. Prohibición a los pilotos de superar las mil novecientas revoluciones: me están masacrando los motores.

—Bien, señor Rivière.

Rivière se dobla un poco más. Necesita, antes que nada, soledad:

—Váyase, Robineau. Váyase, mi viejo...

Y Robineau se asusta de esa igualdad ante las sombras.

## XXI

Robineau erraba ahora, con melancolía, por las oficinas. La vida de la Compañía se había detenido, puesto que ese correo, previsto para las dos, sería cancelado, y ya no partiría hasta el día. Los empleados con los rostros cerrados velaban todavía, pero esta vela era inútil. Se recibían todavía, con un ritmo regular, los mensajes de protección de las escalas Norte, pero sus «cielos puros», y sus «luna llena», y sus «viento nulo» despertaban la imagen de un reino estéril. Un desierto de luna y de piedras. Mientras Robineau hojeaba, sin saber por otra parte por qué, una carpeta en la que trabajaba el jefe de oficina, vio a este, de pie frente a él, y que esperaba, con un respeto insolente, a que se la devolviera, con aire de decir: «Cuando usted guste, ¿no? Es mía...». Esta actitud de un inferior chocó al inspector, pero ninguna réplica le vino, e, irritado, tendió la carpeta. El jefe de oficina volvió a sentarse con una gran nobleza. «Debería haberlo mandado a paseo», pensó Robineau. Entonces, por guardar la compostura, dio algunos pasos pensando en el drama. Este drama acarrearía la desgracia de una política, y Robineau lloraba un doble duelo.

Luego le vino la imagen de un Rivière encerrado, allí, en su despacho, y que le había dicho: «Mi viejo...». Jamás hombre alguno había, hasta ese punto, carecido de apoyo. Robineau experimentó por él una gran piedad. Removía en su cabeza algunas frases oscuramente destinadas a compadecer, a aliviar. Un sentimiento que juzgaba muy hermoso lo animaba. Entonces golpeó suavemente. No se respondió. No se atrevió a golpear más fuerte, en ese silencio, y

empujó la puerta. Rivière estaba allí. Robineau entraba donde Rivière, por primera vez casi de igual a igual, un poco como amigo, un poco en su idea como el sargento que se une, bajo las balas, al general herido, y lo acompaña en la desbandada, y se vuelve su hermano en el exilio. «Estoy con usted, pase lo que pase», parecía querer decir Robineau.

Rivière se callaba y, con la cabeza inclinada, miraba sus manos. Y Robineau, de pie delante de él, ya no se atrevía a hablar. El león, incluso abatido, lo intimidaba. Robineau preparaba palabras cada vez más ebrias de abnegación, pero, cada vez que levantaba los ojos, encontraba esa cabeza inclinada de tres cuartos, esos cabellos grises, esos labios apretados sobre qué amargura! Finalmente se decidió:

—Señor Director...

Rivière levantó la cabeza y lo miró. Rivière salía de un sueño tan profundo, tan lejano, que quizá no había notado todavía la presencia de Robineau. Y nadie supo jamás qué sueño tuvo, ni lo que experimentó, ni qué duelo se había hecho en su corazón. Rivière miró a Robineau, largo rato, como al testigo vivo de algo. Robineau se sintió incómodo. Cuanto más miraba Rivière a Robineau, más se dibujaba en los labios de aquel una incomprensible ironía. Cuanto más miraba Rivière a Robineau, más Robineau se sonrojaba. Y más Robineau parecía, a Rivière, haber venido para testimoniar aquí, con una buena voluntad conmovedora, y desgraciadamente espontánea, de la estupidez de los hombres.

El desconcierto invadió a Robineau. Ni el sargento, ni el general, ni las balas tenían ya cabida. Pasaba algo inexplicable. Rivière lo miraba siempre. Entonces, Robineau, a su pesar, rectificó un poco su actitud, sacó la mano de su bolsillo izquierdo. Rivière lo miraba siempre. Entonces, finalmente, Robineau, con una incomodidad infinita, sin saber por qué, pronunció:

—He venido a recibir sus órdenes.

Rivière sacó su reloj, y simplemente:

—Son las dos. El correo de Asunción aterrizará a las dos y diez. Haga despegar el correo de Europa a las dos y cuarto.

Y Robineau propagó la asombrosa noticia: no se suspendían los vuelos de noche. Y Robineau se dirigió al jefe de oficina:

—Me traerá esa carpeta para que la controle.

Y, cuando el jefe de oficina estuvo delante de él:

—Espere.

Y el jefe de oficina esperó.

## XXII

El correo de Asunción señaló que iba a aterrizar.

Rivière, incluso en las peores horas, había seguido, de telegrama en telegrama, su marcha feliz. Era para él, en medio de ese desconcierto, la revancha de su fe, la prueba. Este vuelo feliz anunciaba, por sus telegramas, mil otros vuelos también felices. «No hay ciclones todas las noches». Rivière pensaba también: «Una vez trazada la ruta, no se puede ya no proseguir».

Descendiendo, de escala en escala, desde Paraguay, como de un adorable jardín rico de flores, de casas bajas y de aguas lentas, el avión se deslizaba al margen de un ciclón que no le enturbiaba ni una estrella. Nueve pasajeros, envueltos en sus mantas de viaje, apoyaban la frente en su ventana, como en un escaparate lleno de joyas, pues las pequeñas ciudades de Argentina desgranaban ya, en la noche, todo su oro, bajo el oro más pálido de las ciudades de estrellas. El piloto, delante, sostenía con sus manos su preciosa carga de vidas humanas, los ojos grandes abiertos y llenos de luna, como un cabrero. Buenos Aires, ya, llenaba el horizonte de su fuego rosa, y pronto luciría con todas sus piedras, así como un tesoro fabuloso. El radio, con sus dedos, soltaba los últimos telegramas, como las notas finales de una sonata que hubiera tecleado, alegre, en el cielo, y cuyo canto Rivière comprendía, luego recogió la antena, luego se estiró un poco, bostezó y sonrió: llegaban.

El piloto, habiendo aterrizado, reencontró al piloto del correo de Europa, apoyado contra su avión, las manos en los bolsillos.

—¿Eres tú quien continúa?

—Sí.

—¿Está ahí el de Patagonia?

—No se le espera: desaparecido. ¿Hace bueno?

—Hace muy bueno. ¿Fabien ha desaparecido?

Hablaron poco de ello. Una gran fraternidad los dispensaba de las frases.

Se transbordaban al avión de Europa los sacos de tránsito de Asunción, y el piloto, siempre inmóvil, la cabeza echada hacia atrás, la nuca contra la cabina, miraba las estrellas. Sentía nacer en él un poder inmenso, y un placer potente le vino.

—¿Cargado? —dijo una voz—. Entonces, contacto.

El piloto no se movió. Ponían su motor en marcha. El piloto iba a sentir en sus hombros, apoyados en el avión, a ese avión vivir. El piloto se tranquilizaba, al fin, después de tantas falsas noticias: partirá... no partirá... ¡partirá! Su boca se entreabrió, y sus dientes brillaron bajo la luna como los de un joven felino.

—¡Atención, la noche, eh!

No oyó el consejo de su camarada. Las manos en los bolsillos, la cabeza echada hacia atrás, frente a nubes, montañas, ríos y mares, he aquí que comenzaba una risa silenciosa. Una débil risa, pero que pasaba en él, como una brisa en un árbol, y lo hacía estremecerse por entero. Una débil risa, pero mucho más fuerte que esas nubes, esas montañas, esos ríos y esos mares.

—¿Qué te pasa?

—¡Ese imbécil de Rivière que me ha... que se imagina que tengo miedo!

## XXIII

En un minuto franqueará Buenos Aires, y Rivière, que retoma su lucha, quiere oírlo. Oírlo nacer, rugir y desvanecerse, como el paso formidable de un ejército en marcha en las estrellas.

Rivière, los brazos cruzados, pasa entre los secretarios. Ante una ventana, se detiene, escucha y piensa.

Si hubiera suspendido una sola salida, la causa de los vuelos nocturnos estaba perdida. Pero, adelantándose a los débiles, que mañana lo desautorizarán, Rivière, en la noche, ha soltado a esa otra tripulación.

Victoria... derrota... estas palabras no tienen sentido. La vida está por debajo de esas imágenes, y ya prepara nuevas imágenes. Una victoria debilita a un pueblo, una derrota despierta a otro. La derrota que ha sufrido Rivière es quizá un compromiso que acerca la verdadera victoria. Solo cuenta el acontecimiento en marcha.

En cinco minutos los puestos de T.S.F. habrán alertado a las escalas. Sobre quince mil kilómetros el estremecimiento de la vida habrá resuelto todos los problemas.

Ya un canto de órgano sube: el avión.

Y Rivière, a pasos lentos, regresa a su trabajo, entre los secretarios que curva su mirada dura. Rivière-el-Grande, Rivière-el-Victorioso, que lleva su pesada victoria.

**FIN**

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**